
Sarah Worth
LAS VERGÜENZAS DE LONDRES 1
LA FURIA DE LA
Duquesa

© SARAH WORTH

La furia de la duquesa

Sello: Independently published

Safe Creative: 2408119084924

Primera edición, junio de 2025.

Impreso en España.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

La furia de la Duquesa

Un matrimonio de conveniencia pactado

Las vergüenzas de Londres 1

Sarah Worth

Dedicado

para quienes saben que el deseo, cuando arde con orgullo,

puede reescribir cualquier destino.

"El amor no mira con los ojos, sino con el alma."

William Shakespeare, Sueño de una noche de verano.

Sinopsis

Es una de las mujeres apodadas «Las Vergüenzas de Londres» por las columnas de sociedad de los periódicos. La culpa la tiene su esposo…

Las circunstancias la obligaron a casarse. Llegó al altar deseando un cambio en su vida y sabía que tendría que luchar para lograr la felicidad. También era consciente de que unirse a un hombre poderoso al que se le conocía por ser aburrido y muy formal no le traería demasiada alegría, aunque sí estabilidad.

¡Qué equivocada estaba!

Prudence Charlotte Hamilton, duquesa de Rutland, se da cuenta que no es una dama que se conforme con poco, y que si pretende hacer cambiar a su marido va a tener que tomar el asunto en sus capaces manos. Si Rutland cree que puede enviarla al campo y seguir en la ciudad para

establecer a una amante allí, va a descubrir que la furia de una mujer herida es un arma muy poderosa que hará temblar los cimientos de su reciente matrimonio.

Sarah Worth trae una historia en la que dos personas tendrán que averiguar si vale la pena sacrificar su orgullo para alcanzar el amor.

¿Lograrán los duques enterrar el hacha de guerra y afianzar su sagrada unión?

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

No te pierdas la siguiente historia
Sobre la autora y la historia

Prólogo

Londres, 1805.

El deber tenía muchas caras. Algunas llevaban peluca blanca y se sentaban en los bancos de la Cámara de los Lores —aunque era cierto que cada día eran más los caballeros que optaban por llevar el pelo al natural. Las modas cambiaban—. Otras, en cambio, usaban corsés y sostenían la mirada sin pestañear ante las lenguas afiladas de Mayfair. Pero había una que pesaba más que todas: el deber heredado, los lazos inquebrantables. Esa obligación que se fraguaba con promesas hechas entre caballeros —que eran acompañadas por sellos lacrados en sobres de cera—, o que se hacían entre copas de brandy compartidas bajo la falsa eternidad de un club masculino como lo era White's.

Era ese el deber que iba a arrastrar a Benjamin Hamilton, décimo duque de Rutland, hasta el altar. Y también el que llevaría a Prudence Charlotte, hija única del conde y la condesa de Ainsworth.

Los dos se conocían desde la infancia. No como amigos —la diferencia de edad y de mundo lo impedía—, pero sí como testigos lejanos de las visitas entre sus respectivas familias. Cuando ella tenía seis años y él quince, recordaba a una niña de rizos castaños y carácter firme que se escapaba del salón para espiar a los hombres que jugaban a las cartas. Él, en cambio, ya era un joven consciente de su futuro título y de lo que se esperaba de él: discreción, dominio, destino.

Benjamin recordaba con nitidez el día en el que escuchó la historia del accidente de lord y lady Ainsworth. De eso hacía apenas cuatro días.

Había llovido. El carruaje de los condes había volcado en el camino del norte, de regreso de una propiedad en Hertfordshire. Los caballos se desbocaron. El cochero murió en el acto. La condesa falleció esa misma noche. El conde tardó dos días más en sucumbir a las heridas internas. A nadie le pasó desapercibido que ambos murieran sin ver de nuevo a su única hija.

Prudence, quien acababa de cumplir veintiún años, se encontraba en Londres cuando el fatídico accidente ocurrió. Estaría destrozada. Muchísimo más que Benjamin, a quien la noticia de la muerte le llegó confirmada poco después de enterarse del fatídico suceso, en forma de carta manchada de barro y tinta corrida. La duquesa viuda de Rutland fue quien le entregó el sobre, con una severidad que apenas escondía la piedad.

La joven se acababa de quedar huérfana. Rica, pero sola. Y en ese mundo, la soledad de una dama sin esposo, sin ningún hombre que velase por su seguridad, era casi tan peligrosa como la misma pobreza. Desprotegida. Desamparada.

Sin embargo, lo que pocos sabían —y menos aún comentaban— era que el conde de Ainsworth había dejado un testamento peculiar. En él, confiaba la tutela moral de su hija no a un tío, ni a un primo, sino al hombre en quien más confiaba: Alan Arthur Hamilton, el anterior duque de Rutland. Así que el décimo duque de Rutland, ese era Benjamin, acababa de heredar una nueva obligación.

Una especie de pupila en edad casadera que estaba sola en el mundo. Rutland no sabía cómo sentirse al respecto.

—Ella ya es mayor de edad —argumentó Benjamin con el ceño fruncido, tras leer el documento.

—Lo sé —le dijo el albacea del difunto lord Ainsworth—. Aunque el conde no hablaba de leyes. Hablaba de principios. Deseaba que su padre velara por su bienestar, por su posición, por su… reputación.

—Yo no soy mi padre.

—Pero es su heredero. —Ahí estaba un recordatorio de que jamás podría escapar de sus obligaciones.

El mensaje era claro. Si Prudence quedaba expuesta, sin una figura masculina que la amparara, los buitres no tardarían en rondar. Nobles de segunda fila, con deudas escondidas. Solteros sin título pero con ambición. Viudos encantadores con sonrisas vacías.

Cazafortunas.

Prudence era una dote andante. Una propiedad con nombre.

Y Benjamin… Benjamin tenía un título, un apellido que podía protegerla. Una casa que podía acogerla, pero rescatarla sería hacerle una promesa que no se atrevía a romper por los fuertes dictados de su honor, debido a su férreo carácter. Era un duque, uno con altos valores morales que no se había perdido jamás a lo largo del camino. Casarse sería dar un paso definitivo del que no podría retractarse.

—Si me rehusara —preguntó el duque—, ¿sería una traición al honor?

—Sería lo mismo que dejarla a la intemperie —respondió el albacea.

Y lo supo. Se dio cuenta de que no podría huir de lo que era necesario hacer.

Se casaría con Prudence. No era una mala idea. Tenía treinta años y su madre llevaba unos cinco advirtiéndole de que la descendencia tenía que continuar. La hija de Ainsworth era tan adecuada como otra cualquiera. La decisión estaba tomada.

La noticia del compromiso sería rápida, silenciosa, pactada a puerta cerrada. No habría cortejo. Tampoco una petición pública.

—Me casaré con ella —sentenció el duque bajo la mirada aprobatoria del albacea.

Mientras un duque correcto y honorable tomaba la decisión de su vida. Una joven dama abatida y llena de dolor recibía la noticia de sus inminentes nupcias. No había tiempo de guardar luto, era momento de actuar antes de que los buitres se ciñesen sobre ella. Así que el mismo hombre que se había entrevistado con Rutland estaba informándola de lo que su padre había previsto en su testamento.

—¿Con el duque? —dijo con voz tensa la joven dama—. ¿Por qué? ¿Por qué me acepta Rutland?

La pregunta no tuvo respuesta, pero Prudence no se negó a aceptar el ofrecimiento de Rutland. Porque sabía que negarse sería cargar con el escándalo, pues se acabaría sabiendo si rechazase a un par del reino, a un duque poderoso que solo le estaba ofreciendo una salida digna. Y Prudence no tenía ya madre que la defendiera, ni padre que la aconsejara. Solo se tenía a sí misma. Y un deber hacia la honestidad, hacia sus difuntos padres, quienes debían seguir siendo respetados.

Dos caras de una misma moneda. Ella aceptó porque no tenía otra elección. Él propuso el matrimonio porque no sabía vivir con la deshonra.

Ambos eran prisioneros de un sistema que veneraba más las obligaciones familiares y sociales que el alma. Matrimonios por honor, por conveniencia, sin amor.

Un hombre y una mujer unidos por el destino, por las circunstancias…

¿Aquello podría salir bien?

No, por descontado que no.

Capítulo 1

Con todo hecho y dispuesto, llegó el día. Un mes más tarde, en la capilla Rutland, iban a unirse dos personas que no se amaban, que apenas se conocían, pero que compartían un mismo fantasma: la obligación.

Prudence temía convertirse en una sombra más en la vasta casa del duque, como una de esas damas de retrato colgadas en los corredores: bellas, olvidadas, silenciosas. Temía desaparecer tras el título.

Por su parte, Benjamin temía no ser suficiente. Temía que el deber se convirtiera en un muro imposible de derribar. Temía mirar a su esposa y ver en sus ojos el reflejo de sus propias carencias emocionales.

Y, sin embargo, el juramento estaba a punto de ser pronunciado.

¿Cómo empezó todo antes de llegar a la iglesia?

Con una novia preparándose para dejar atrás toda su vida.

Prudence Charlotte no era una jovencita al uso. Siempre práctica. Siempre razonable y dispuesta a honrar la última voluntad de su padre. Respiró hondo antes de que la doncella terminara de abrocharle el último gancho del corsé de lino, lo llevaba atado bajo el busto, marcaba apenas la silueta con una suavidad que engañaba. Se colocó su vestido de novia, ese con el que toda niña soñaba desde bien temprana edad.

Era un vestido digno de una dama de su linaje, pero también de una joven que no deseaba parecer ostentosa en su duelo apenas mitigado. El diseño, sobrio y elegante, respondía a la moda imperio que dictaba la silueta de la época: un talle alto, justo bajo el busto, y una caída fluida que acompañaba cada paso como una segunda piel.

El tejido elegido fue una muselina de seda marfil, translúcida y delicada, traída desde Lyon, con un leve bordado floral casi imperceptible al primer vistazo. Bajo la capa exterior, una enagua de batista blanca garantizaba decencia sin romper la línea etérea del conjunto.

El escote recto, amplio pero recatado, enmarcaba sus clavículas con delicadeza, y las mangas —cortas, abullonadas y rematadas con encaje de Bruselas— rozaban apenas la parte

superior de sus brazos. En la espalda, una hilera de pequeños botones forrados de seda marcaban una línea vertical perfecta, cerrando el vestido con la precisión de un suspiro contenido.

El único adorno visible era una fina cinta de raso color marfil que ceñía el talle bajo el busto, atada con un lazo discreto en la espalda.

Su velo era de tul de seda, cosido a mano por una de las bordadoras del taller de Madame Lefèvre en Bond Street. Caía desde un sencillo peine de nácar sobre sus hombros y descendía hasta los tobillos, cubriendo el conjunto con una bruma de melancolía y promesa. No había corona ni tiara. Solo una guirnalda de flores de azahar discretas, símbolos de pureza y de la juventud arrebatada.

Llevaba guantes de encaje blancos, sin anillos. Su única joya era un camafeo ovalado que había pertenecido a su madre, sujetado al centro del escote. Era su amuleto, su despedida, su escudo.

No parecía una novia radiante. Parecía una estatua de porcelana antigua: hermosa, sí, pero frágil. Como si el más leve temblor pudiera resquebrajarla.

Se contempló en el espejo.

Su cabello castaño oscuro, recogido en una maraña de rizos disciplinados, dejaba al descubierto un rostro delicado, de pómulos altos, labios llenos y una frente obstinada. Sus ojos, grises,

tenían la misma expresión que había tenido de niña cuando su padre le decía «es por tu bien».

—Está preciosa, milady —murmuró la doncella.

Prudence no contestó. Sintió que si decía algo, la verdad escaparía de su boca como un sollozo. Estaba lista para dar el siguiente paso: ir en busca de su inminente esposo.

La ceremonia iba a tener lugar en la capilla anexa a la residencia principal del duque de Rutland, una casa de ladrillo rojo oscuro en el elegante distrito de Mayfair, rodeada por altos muros, jardines bien cuidados y discreción absoluta. Era habitual entre la alta nobleza disponer de su propio oratorio privado, autorizado por la Iglesia de Inglaterra, lo que permitía celebrar matrimonios sin exponerlos a la mirada pública ni a los rumores de los templos de St. George o St. James.

La capilla era pequeña, de techos altos, paneles de madera de roble tallada y vitrales antiguos que filtraban una luz dorada y casi solemne. No había flores en exceso, apenas unas ramas de laurel y hiedra, símbolos de constancia y sacrificio. La atmósfera era más de deber que de celebración.

Figuraban solo los allegados más necesarios: el albacea de lord Ainsworth, la duquesa viuda de Rutland, dos primos del novio, y el reverendo que desde hacía décadas oficiaba para la familia Hamilton. No estaba previsto que hubiese baile ni desayuno nupcial. La boda sería silenciosa,

elegante y contenida, como si ambos novios quisieran pasar inadvertidos incluso el día en que sus destinos quedaban atados para siempre. El respeto a los condes de Ainsworth así lo exigía.

Mientras tanto, Benjamin Hamilton esperaba de pie frente al altar improvisado. El ministro de Dios murmuraba algo con tono ceremonioso, pero él no oía nada. Se pasó una mano por el cabello oscuro, peinado con esmero y recogido hacia atrás con un toque de aceite de bergamota, y sintió que le sudaban las palmas de las manos. Un duque no debería sudar, pensó con irritación.

A sus treinta años, Benjamin tenía todo lo que la sociedad admiraba: fortuna, tierras, un título hereditario y una reputación intachable. Intachable… pero gélida. Era el tipo de hombre que jamás levantaba la voz, pero que podía arruinar una carrera política con una mirada. Sus hombros anchos y su figura imponente contrastaban con el perpetuo gesto mesurado de sus labios. Alto, elegante, siempre vestido con la perfección de quien no deja nada al azar, era el epítome de la contención.

Y estaba a punto de casarse.

—¿Nervioso? —le susurró su primo materno lord Westmore desde el banco más cercano.

Benjamin no contestó. Solo le lanzó una mirada que decía: «No seas ridículo».

Por dentro, sin embargo, una vocecita se burlaba de él: «¿Y si no te soporta? ¿Y si tú no

puedes soportarla a ella?».

Entonces la vio entrar. Majestuosa y solemne. Su desconocida inminente duquesa. Se lamentó por no haber ido a visitarla durante ese mes, pero no le pareció adecuado hacerlo. Ella estaría destrozada y él no tenía la menor idea de cómo consolar a una mujer que lo había perdido todo tan rápido.

Cuando Prudence apareció al final del pasillo, el murmullo de los presentes se desvaneció. Ella caminaba con la frente alta, el rostro tranquilo, pero en su interior sentía que cada paso era un error. No quiso que nadie la entregase. Estaba segura de que su propio padre permanecería a su lado aunque nadie lo viese, del mismo modo que su madre estaría a su otro lado.

Y entonces ella lo vio a él. Pelo negro, apuesto, tal y como se esperaba que lo fuese un hombre de su rango y edad. Se fijó en sus ojos. La sorprendieron. No eran fríos como imaginaba, sino de un azul profundo, de esos que parecían esconder remordimientos.

«Ese hombre no me amará nunca, pero al menos me respetará». Ese pensamiento la tranquilizó.

Benjamin la observó con atención. Había visto muchas mujeres hermosas en bailes, retratos y salones. Prudence tenía una belleza distinta, serena y contenida. No era una rosa escandalosa, más bien un lirio cerrado, elegante y distante. Parecía una mujer

con pensamientos propios, y eso, lejos de incomodarle, le suscitó una inesperada curiosidad.

«¿En qué pensará ella? ¿Quién es realmente? ¿Qué puedo esperar de ti?»

La dama avanzó y se colocó al lado del duque. Todo estaba listo. Las palabras sagradas fueron pronunciadas. La alianza de oro colocada. El beso que selló la unión fue un roce apenas perceptible en la comisura de los labios. Ninguno se miró durante más de un segundo.

Cuando salieron del brazo por la gran escalinata hacia la galería principal para recibir las felicitaciones, Prudence sintió que su vida se partía en dos mitades: la de antes, en la que aún podía soñar con una historia diferente, y la de ahora, en la que las decisiones ya habían sido tomadas.

Benjamin, por su parte, sintió una punzada de culpa. No era justo casarse con una mujer solo por los pactos silenciosos entre familias. No obstante, no conocía otro modo de vivir. Y temía, por encima de todo, no saber cómo hacerla feliz. O peor aún, no ser capaz de sentir nada. ¿Qué sabía él de amor?

La noche cayó. Prudence había estado conversando con su nueva suegra y él se retiró a su despacho con sus primos. El decoro siempre estaba presente entre ambos.

En la recámara nupcial de la duquesa, Prudence se desvistió con la ayuda de su doncella,

que se retiró enseguida. Se quedó de pie junto al fuego, en una bata ligera, esperando a su esposo. El corazón le latía con fuerza, no por deseo, sino por el vértigo de la incertidumbre. Era una mujer inocente que no tenía la menor idea de lo que debía esperar.

Benjamin entró minutos después. Llevaba solo la camisa blanca abierta en el cuello y los pantalones de lino. Cerró la puerta. Se miraron.

—Su Gracia —dijo él, con voz grave—. No deseo importunarla esta noche.

—¿A qué se refiere?

—A lo que acabo de decir. Tenemos toda la vida por delante y no apresuraré las cosas entre nosotros.

Ella alzó una ceja. No era lo que esperaba oír. Ni tampoco sabía si se sentía decepcionada o aliviada.

—¿Es por consideración o por desinterés? —Se escuchó decir. Esa era la conversación más larga que habían tenido desde que se anunció su compromiso a toda prisa. Se estaba mostrando audaz, pero no quería que la viese como una mujer pusilánime, su padre no había criado a una dama débil.

Benjamin frunció levemente el ceño.

—Por respeto, pero si lo prefiere… puedo quedarme.

—Y… ¿va a quedarse ahí de pie toda la noche, Su Gracia? —indagó.

—Creí que preferiría algo de intimidad. Como le he dicho, no deseo importunarla —repitió.

—¿Y si lo desease yo? —¡Oh, cielos! De dónde había salido esa pregunta tan… tan… tan impropia para una mujer que debería seguir de riguroso luto.

—¿Desea usted que la importune? —preguntó extrañado por la cuestión.

—Deseo saber a quién me he entregado. Puede acercarse. No muerdo.

Benjamin sonrió, apenas. Cerró la puerta que conectaba su alcoba con la de la duquesa con suavidad tras él y avanzó unos pasos hacia el centro de la estancia. Había una lámpara de aceite encendida sobre el aparador, y la luz temblaba sobre la figura sentada junto al fuego. Prudence llevaba una bata de muselina blanca, el cabello suelto, despojada ya de la solemnidad del día.

—¿Está cómoda? —preguntó él, sin moverse aún del todo.

—Lo estaría más si se sentara.

Él obedeció. Se sentó en el sillón frente al de ella. Un par de segundos transcurrieron en silencio.

—¿Por qué lo hizo, Su Gracia?

—¿Casarme con usted?

—Sí.

Benjamin desvió la mirada hacia el fuego. El chisporroteo llenó el hueco de la respuesta no inmediata.

—Porque era lo correcto.

—¿Y qué hay de lo que es justo?

—No siempre coinciden.

—Lo sé.

Prudence se incorporó un poco, apoyó los codos sobre las rodillas.

—¿Le obligaron las circunstancias?

—Nadie me obliga a nada jamás. Aunque el honor… pesa. Y su padre confiaba en el mío.

—Y ahora yo soy el peso.

Benjamin alzó los ojos hacia ella.

—No he dicho eso. No lo crea ni por un instante.

—¿Y usted? ¿Cree que he aceptado de buena gana?

—No, pero lo ha hecho con dignidad, y eso lo respeto —le advirtió él.

La duquesa le sostuvo la mirada unos segundos, luego se recostó de nuevo.

—Estoy rota de dolor. Usted mismo vio lo amorosa que era mi familia. Pese a ello, no soy una mártir. Ni una dama dócil. No espere de mí resignación —le advirtió con solemnidad.

—Tampoco espero sumisión.

—¿Entonces qué espera de esta unión?

Benjamin exhaló lentamente.

—Espero no arruinarla. No hacerle daño. Y si es posible… encontrar un modo de convivir en paz. Supongo que el respeto mutuo nos vendría bien a los dos.

—¿Y si le digo que no quiero paz?

—¿Qué quiere, entonces?

—Quiero vivir. No convertirme en un jarrón de porcelana que adorne sus salones. No

quiero ser la duquesa que nadie ve. Quiero hablar, discutir, respirar. Mi padre así lo esperaría.

—Entonces hablaremos, discutiremos… y respiraremos, Su Gracia.

—¿Y si le decepciono? —cuestionó la dama.

—No lo ha hecho aún. Y dudo que lo haga. Tiene demasiada vida en los ojos como para no dejar huella.

Ella se ruborizó ligeramente, pero no apartó la mirada.

—Tiene buena lengua para un hombre del que dicen que es callado en exceso.

—Tengo buenos oídos. Me he entrenado en el silencio.

—¿Y qué escucha ahora?

Benjamin inclinó la cabeza apenas.

—El temor. La incertidumbre. El orgullo. En usted y en mí. Pero también… una chispa. Algo que no sé nombrar.

—¿Esperanza?

—Tal vez.

Volvieron a callar, pero esta vez el silencio no era tenso. Era una tregua.

—¿Siempre habla con tanta gravedad? —preguntó ella.

—Solo cuando estoy nervioso.

Ella se atrevió a sonreír. La primera sonrisa desde que su vida se fue al traste.

—¿Está nervioso, Su Gracia?

—Mucho más de lo que imaginé.

Prudence se levantó y caminó hacia la repisa de la chimenea. Sujetó entre sus dedos una figura de porcelana.

—No sé quién ha decorado esta habitación, pero tiene el gusto de una institutriz anciana.

—Mi madre.

—Lo sospeché —dijo, dejando la figurilla con cuidado—. No quería ofenderla. Su madre es muy agradable. Quizás debería empezar por cambiarla.

—¿La habitación o a mi madre?

—La habitación. Su madre se ha portado conmigo como si fuese la mía propia.

Benjamin sonrió, más abiertamente esta vez.

—Está en su derecho. A partir de mañana, esta casa será también la suya.

—No lo tengo claro.

—¿El qué?

—Si me pertenece esta casa… o si yo pertenezco a ella.

Él se puso de pie lentamente. La distancia entre ambos era poca.

—No es una prisionera aquí, Prudence. Si alguna vez lo siente así… dígamelo. No quiero jaulas. Ni para usted ni para mí.

Ella alzó la mirada.

—¿Y qué quiere?

Benjamin dudó. Luego dijo:

—Conocerla. Saber quién es más allá de los rumores.

—¿Y usted me dejará conocerle también?

—Si tiene paciencia. No soy fácil de descifrar.

—Tampoco lo soy yo.

—Entonces ya tenemos algo en común.

Ella extendió la mano hacia él. No para que la besara, sino para invitarle a estrechársela. Él lo hizo.

—Una tregua —dijo ella.

—Una tregua —repitió él, cerrando los dedos con suavidad sobre los suyos.

Permanecieron así unos segundos. Luego, sin más palabras, se separaron. Ella caminó hacia el lecho, él se marchó hacia sus aposentos. Ninguno se durmió enseguida. Sin embargo, esa noche, por primera vez, el silencio no fue una carga para ninguno. Y eso, para dos extraños que llevaban sus anillos aún calientes en los dedos, era más que suficiente.

Capítulo 2

La mañana amaneció gris sobre Mayfair, como si Londres quisiera prolongar la melancolía del día anterior. En la residencia Rutland, todo parecía en orden, pero el ambiente tenía esa tensión apenas perceptible que sigue a un acontecimiento irreversible. El matrimonio se había consumado —al menos, en los papeles. No en el lecho.

Prudence desayunó en silencio en la galería este. Le habían preparado té de Ceylán, panecillos calientes, mermelada de ruibarbo y fruta fresca, pero apenas probó bocado. Sabía, por boca de la doncella, que su esposo la esperaba en su despacho después de mediodía.

Estaba nerviosa, ¡qué tontería! Se habían convertido en amigos anoche mismo, ¿o no?

Cuando llegó, acompañada solo por sus pasos decididos, la puerta estaba entreabierta. Llamó suavemente.

—Adelante —respondió la voz grave de Benjamin desde el interior.

El despacho del duque era tan pulcro como él. Paneles de madera oscura, estanterías alineadas con volúmenes encuadernados en piel, un gran escritorio central donde no había ni un papel fuera de lugar. Una lámpara de aceite aún encendida daba calor a la estancia, y el duque —ya vestido con chaqueta de mañana, chaleco gris y el pañuelo de la corbata de color marfil— no se levantó al verla entrar. Solo hizo un leve gesto con la cabeza.

—Su Gracia.

—Su Gracia —respondió ella con el mismo tono cortés que él. Eran todo tan frío. Tan correcto y servicial… ¿Qué podían esperar uno y otro de una unión hecha por conveniencia?

El silencio se interpuso entre ellos como un testigo incómodo. Prudence se acercó hasta quedar frente al escritorio. Benjamin se levantó entonces, con la cortesía justa, y le hizo un gesto hacia la silla frente a él para que tomase asiento.

—Siéntese, por favor.

Ella obedeció, despacio. Mantenía la barbilla alta, los ojos serenos.

—Gracias.

—¿Ha dormido bien? —preguntó él, sin emoción.

—He descansado. ¿Y usted?

—Suficiente.

Otro silencio. Luego, Benjamin entrelazó las manos sobre el escritorio, como quien prepara un argumento.

—Duquesa… Prudence. Estamos casado, podemos usar nuestros nombres de pila. ¿Tiene alguna objeción al respecto?

—No. Si usted lo ve apropiado, yo también.

—Muy bien. Yo seré a partir de ahora Benjamin.

—De acuerdo.

—Muy bien. Verá, Prudence —le gustaba usar ese nombre y se moría porque ella lo llamase a él con más intimidad, pero no era el momento adecuado aún—, he estado reflexionando esta mañana —no le diría que fue durante prácticamente toda la noche— sobre usted. Sobre mí. Sobre lo que… somos ahora.

—¿Un matrimonio nacido del honor y la obligación? —indagó con media sonrisa. Ella lo veía

tan serio que deseaba aligerar la carga de sus hombros con una pequeña broma.

Él no sonrió. Ella se desanimó.

—Un matrimonio reciente que debe empezar con orden y claridad. Y precisamente por eso quiero hablarle con sinceridad.

—Le escucho, Su Gracia.

Benjamin desvió la mirada hacia el ventanal, luego volvió a examinarla.

—Sé que nuestra situación no es la habitual. Usted acaba de perder a sus padres. Está, según los dictados del decoro, en un periodo de luto que yo no le he permitido llevar a cabo tal y como dictan los mandatos sociales.

—No lo había mencionado hasta este momento —le reprochó.

—Porque no era el momento. Ahora sí lo es.

Prudence enarcó una ceja.

—¿Desea que me retire del mundo? ¿Que vista de negro y me encierre en una especie de monasterio católico? Creo que es un poco tarde para hacer algo semejante.

—No he dicho eso —replicó él, con calma —. Pero sí considero… impropio que una mujer todavía sumida en la pena comparta techo —e incluso la cercanía, quiso decirle— con un hombre que no es aún un compañero íntimo.

—¿Y lo seremos alguna vez?

Benjamin no respondió al instante.

—No lo sé. Por ahora, quiero evitar cualquier situación que… ponga a prueba su sensibilidad.

Prudence entrecerró los ojos.

—¿Está diciendo que no confía en poder controlar sus impulsos, Su Gracia? —La estaba mirando de un modo extraño. ¿Era hambre eso que veía reflejado en su mirada? Si era una pizca de lujuria, la noche anterior fue cuando debió haber movido ficha, ¿no? No lo entendía, pero a fin de cuentas, ¿qué sabía ella sobre los hombres? Le competía a él enseñarle los secretos de los amantes, ¿cierto?

—Estoy diciendo que prefiero no estar en una posición en la que deba hacerlo. La tentación, Prudence, es una criatura sigilosa. Y la cercanía forzada… no la favorece.

—Vaya. Qué piadoso gesto por su parte. Y yo que creía que el sagrado vínculo del matrimonio nos protegía a ambos de cualquier indecencia…

—No busco su sarcasmo, sino su comprensión.

—La tiene. Sin embargo me permitiré una pregunta: ¿qué solución plantea ante nuestro nuevo matrimonio? Yo no tengo la culpa de haber perdido a mis padres, aunque sí le agradezco que se haya casado conmigo para protegerme y entiendo que me está dando un poco de… ¿tiempo, tal vez?

—Así es. Le estoy proponiendo un cambio de residencia. Temporal. He dispuesto todo para que se instale en la casa de campo de Northamptonshire. Es parte del legado Ainsworth. Allí podrá estar tranquila, en contacto con la naturaleza. Podrá vivir el duelo con discreción. Y volveremos a encontrarnos cuando todo sea más… propicio. —El hecho de consumar su matrimonio con la muerte de los padres de su duquesa tan reciente, no le parecía decente. Si la mantenía bajo su techo, no estaba seguro de que su disciplina pudiese servirle de escudo frente a la lujuria.

—¿Más propicio para qué? ¿Para que yo deje de ser un recordatorio de su deber? ¿O cuando la pena se desvanezca? Porque lo primero sé que tardará en llegar, en cuanto a lo segundo, no creo que jamás me reponga del duro golpe de haber perdido a mis amados padres.

Benjamin se irguió ligeramente.

—Para que estemos ambos preparados para convivir sin resentimiento.

—No siento resentimiento, Su Gracia. Solo confusión. Y, si me permite, un atisbo de decepción.

Él la miró largo rato. Sus ojos azules no temblaron, pero tampoco eran gélidos.

—Mi intención no es herirla.

—¿Y qué hay de mi voluntad?

—¿A qué se refiere?

—¿Alguien me ha consultado? ¿Alguien me ha preguntado si deseo ser enviada al campo como si fuera una carta incómoda? No soy un sobre sellado, Su Gracia. Soy una mujer. Soy su esposa —le recordó, por si lo había olvidado.

—Una mujer que necesita espacio para recomponerse.

—O una mujer que le incomoda.

Benjamin inspiró lentamente. Luego se levantó y rodeó el escritorio. Se apoyó en él, frente a ella.

—Prudence, esto no es un castigo.

—Puede no parecerlo, pero yo lo siento así.

—Usted dijo anoche que quería vivir, respirar, no ser un jarrón.

—Y ahora me manda al aparador, como si fuese una taza.

Él cerró los ojos un instante.

—No he sido claro, quizá. Lo haré ahora. Esta casa… mi vida… han estado marcadas por el orden, la previsibilidad. Usted —con su presencia, su inteligencia, su modo de hablar— representa un cambio.

Ella lo observó en silencio. No había ira en sus ojos, sino una mezcla de curiosidad y ofensa.

—¿Y le asusta el cambio?

—Me desconcierta.

—¿Y por eso me exilia?

Benjamin frunció los labios.

—No me lo ponga más difícil.

—¿Le resulta difícil tratar con su esposa?

—Con una mujer que no esperaba. Que no merezco.

—¿Y cree que merece a otra? ¿Una más dócil, más fácil, más sumisa?

—No. No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Benjamin se incorporó.

—Es… una tregua. Usted lo dijo anoche. Un espacio para empezar sin heridas.

—¿Y cree que mandándome lejos evitará las heridas?

—Tal vez evite algunas cicatrices.

Prudence se levantó. No estaba enfadada. Solo decepcionada.

—Podría habérmelo dicho con menos distancia. Podría haberme ofrecido esta decisión como una elección, en lugar de hacerme sentir como si estorbara en su casa.

—No era mi intención.

—Pero es el efecto. Y eso, Su Gracia, también cuenta. —Y con esas palabras ella lo despidió para salir de allí dentro con la dignidad de una reina destronada.

Benjamin permaneció solo unos minutos más, de pie junto a su escritorio, con la mirada perdida en el vacío. No era ira lo que sentía. Era confusión. Una maraña de emociones mal tejidas que deshacían la estructura que durante años había

cultivado con tanto empeño. Ella había salido con resignación, sin lágrimas, sin reproches. Pero había dejado tras de sí un eco perturbador, algo que se aferraba a las paredes de la estancia como perfume persistente.

«No debí hablarle con tanta frialdad», pensó. Pero al mismo tiempo sabía que su frialdad era su escudo, y que su escudo era lo único que lo mantenía intacto. Prudence era distinta. Era todo lo que no esperaba. Inteligente, perspicaz, valiente. Lo había sabido con solo mirarla una vez, porque Benjamin no era ningún tonto. No había bajado la cabeza ni una sola vez desde que entró por las puertas de su casa. No era una esposa conveniente. Era una presencia.

Y ese era precisamente el problema.

Benjamin no quería una presencia. Quería tranquilidad. Rutina. La paz del silencio y de las decisiones prácticas. Con ella todo se agitaba. No podía mirarla sin sentir que algo dentro de él se aflojaba. No la conocía, y ya la intuía peligrosa. No en el sentido vulgar, sino en el íntimo. Ella podía instalarse bajo su piel, podía aprender a leerlo, a anticiparlo, y eso lo haría vulnerable. Ella podría envolverlo en su dedo meñique sin siquiera proponérselo. Y eso, para un hombre como él, era un riesgo insoportable.

Ni siquiera la había besado aún. El contacto de la ceremonia había sido un roce casto, simbólico, casi clerical. Y, sin embargo, se moría por probar sus labios. Por descubrir cómo sonaría su

nombre en la penumbra, en voz baja, entre jadeos y promesas. Había algo en ella que lo atraía más allá del deseo carnal. Una combinación de luz contenida y tempestad velada.

La lujuria era una bestia educada en su interior. Dormía, obedecía, pero la noche anterior, frente a ella, viéndola con el cabello suelto y los ojos cargados de preguntas, algo se había removido en su interior. Había sentido el pulso acelerarse, la sangre despertar. Y ahora, en soledad, maldecía esa reacción tanto como la deseaba.

La razón le decía que enviarla al campo era lo sensato. Su cuerpo… su cuerpo lo tildaba de cobarde. De imbécil por no haberla reclamado cuando tuvo la ocasión.

Sacudió la cabeza. No podía permitirse ese tipo de contradicciones. No ahora. No tan pronto.

Había tomado una decisión.

Y debía respetarla.

***

Prudence no regresó de inmediato a sus aposentos. Recorrió parte del ala oeste de la casa, sin rumbo, hasta que uno de los lacayos la informó con

voz cuidadosa que la duquesa viuda deseaba verla en el salón azul. Aceptó con un leve asentimiento y se dirigió allí, sintiendo un leve nudo en la garganta que no era tristeza, sino pura fatiga emocional.

La duquesa viuda de Rutland, alta, de porte impecable y cabello gris recogido en un moño severo, la esperaba sentada en un canapé de terciopelo junto a una mesa de té. Llevaba un vestido de día de lana clara y guantes de encaje.

—Prudence —dijo, con una leve sonrisa. El día anterior la había llamado por su nombre y como no se quejó le pareció bien seguir así—. Gracias por venir. Siéntate, por favor. ¿Te apetece tomar un té?

—Gracias, Su Gracia —respondió Prudence, y obedeció. Le agradaba la familiaridad que demostraba esa mujer que jamás suplantaría el gran vacío que le había dejado su madre, pero que actuaba como si lo fuese.

Se sirvieron en silencio. La viuda levantó la taza con precisión y la observó un instante antes de hablar.

—Mi hijo no ha sido particularmente… hábil esta mañana, ¿me equivoco? —supuso, al verla tan abatida.

Prudence dejó la taza sobre el pequeño plato de porcelana con suavidad.

—No es un hombre cruel, sí distante.

—Siempre lo ha sido. Desde niño. Benjamin nació con un sentido del deber que, me temo, a veces eclipsa su capacidad de sentir. No porque no tenga emociones, sino porque teme que lo dominen.

—Entiendo —dijo Prudence, sin acritud —. No le reprocho su control. Le reprocho su falta de confianza en mí. Ni siquiera me ofreció decidir. Ha tomado una decisión por mí.

—Eso también es propio de él —dijo la duquesa con serenidad—. No desea herir, pero cree que anticiparse es la forma más eficiente de proteger. Olvida que las mujeres también pensamos.

Prudence no pudo evitar sonreír.

—Eso parece.

—Sin embargo, quiero que sepas algo —añadió la duquesa viuda, dejando la taza sobre la mesa—. Mi hijo es un hombre honorable. Callado, sí. Torpe en ocasiones, también. Pero nunca ha faltado a un compromiso. Y, lo que es más, sé que ha… terminado su relación con la dama que frecuentaba antes de este matrimonio.

Prudence alzó una ceja, sorprendida.

—¿Tenía una amante?

—Sí, y no haré como tantas madres que fingen ignorancia. Era una relación discreta, sostenida

más por necesidad que por afecto. Pronto aprenderás que los hombres son… bestias cuando el apetito los reclama, si es que no lo has aprendido ya —dijo en alusión a su noche de bodas. Prudence bajó la mirada avergonzada y no osó explicarle que su unión no estaba consumada—. No obstante —siguió la duquesa viuda—, terminó con la mujer que le calentaba la cama en cuanto tomó la decisión de casarse. —No quería ser vulgar, pero era necesario explicarle la función que tenía una mujer que había aceptado los favores de un duque soltero.

—¿Por qué me dice esto?

—Estuve una vez en tu misma situación, mi matrimonio fue un pacto como el tuyo. Así que sé que necesitas razones para confiar, tal vez para luchar llegado el caso. Y porque si mi hijo, tan celoso de su autonomía, ha cortado voluntariamente ese lazo, es porque se toma este matrimonio en serio. Puede que no sepa cómo hacerlo aún, pero quiere ser digno de ti. Lo he criado y lo conozco bien.

Prudence bajó la mirada.

—¿Cree que debo irme al campo? Allí es donde ha propuesto que resida durante un tiempo —le aclaró.

—Considero que debes hacer lo que te permita respirar. Y si necesitas tiempo, no para alejarte de él, sino para encontrarte a ti misma en esta nueva vida, entonces sí, vete. Pero si quieres quedarte y luchar… no seré yo quien te lo impida.

Se hizo un silencio cálido entre ambas.

—Gracias —dijo Prudence, al fin.

—Te respeto, Prudence. Sabes bien que tu madre y yo siempre fuimos grandes amigas, a ella le debo velar por ti. No es ningún secreto que tu padre siempre le dijo a mi esposo, en paz descase, que sería fantástico si mi hijo y tú os dieseis una oportunidad en el futuro. Creo que fue precisamente por ese motivo por el que lord Ainsworth dejó por escrito quién debería ocuparse de tu tutela en caso de ocurrir una calamidad. Mi marido, por otro lado, amaba tanto a su heredero que no quiso presionarlo nunca. Lo he pensado detenidamente estos días, creo que vuestra unión ha sido fruto del destino. Mi único hijo con la única hija de Ainsworth… Tú sin familia, el título de tu padre y todo lo ligado a él será revertido a la Corona, Benjamin listo para casarse… Cosa de la providencia, ¿no te parece?

—No sé si lo será. Aunque lo que sí comprendo es que debo estar agradecida por tenerla a usted de mi lado.

—Lo estoy. Siempre lo estaré —se apresuró la viuda a advertirle.

—Entonces, Su Gracia, creo que será mejor que haga lo que su hijo me ha pedido.

Prudence alzó la mirada. Había algo reconfortante en aquella mujer de rostro firme y voz suave. Una promesa de que no todo estaría perdido.

—Llámame Margaret, te lo ruego.

—Gracias, Margaret.

Ambas sonrieron.

Afuera, el cielo de Londres empezaba a despejarse.

Capítulo 3

Ocho meses después, finca del difunto lord Ainsworth, propiedad del duque de Rutland.

Largo tiempo había pasado, para que Prudence pudiese despedirse de sus amados padres, donde lloró, donde maldijo su suerte y luego, cuando la luz comenzó a filtrarse en la oscuridad que la envolvía por la pérdida, comenzó a pensar cada vez más en su díscolo duque.

Aquella mañana, Prudence sostenía el periódico con los dedos entumecidos por el frío. Aunque era primavera, el aire de Ainsworth seguía siendo cortante por las mañanas. Estaba sentada en el invernadero acristalado que daba al jardín, con una taza de café olvidada sobre la mesa y una tostada a medio comer. Nada podía tragar desde que había leído el titular en la columna de sociedad:

«El duque de Rutland, visto en Vauxhall con la viuda Hemsley. ¿Amistad o algo más?»

El periódico era de Londres. Se lo había traído su doncella junto con la correspondencia habitual. Lo leyó dos veces. La primera con incredulidad. La segunda con furia.

No había recibido una sola carta de Benjamin Hamilton, décimo duque de Rutland, en ocho meses. Ni una línea. Ni una palabra. Ni una disculpa. Ella había esperado…¡Oh, sí!, deseado también, que él fuese a buscarla, que se arrepintiera de haberla enviado a ese exilio envuelto en encaje. No lo hizo. EL duque no se rebajó, y ella, por orgullo, no había dado el primer paso tampoco. A pesar de los suspiros nocturnos, a pesar de las horas imaginando su voz, su figura, a pesar de todo se quedó en los confines que él había decretado para ella.

Y ahora él… ¿buscaba las atenciones de una viuda?

—¡Maldito seas, Benjamin Hamilton! —espetó al aire.

—¿Qué ha hecho ahora ese perfecto caballero? —preguntó una voz divertida tras ella.

Prudence giró el rostro. En la entrada del invernadero, con su usual descaro, estaba lady Eleanor Stanhope, su amiga desde la infancia y confidente desde la adolescencia. Hija del conde de

Wexley, una mujer de belleza altiva y lengua afilada. Eleanor no tenía paciencia para las hipocresías del mundo.

—Ha hecho que los periódicos me apoden «la vergüenza de Londres» —dijo Prudence entre dientes, tendiéndole el periódico.

Eleanor leyó en silencio. Luego se dejó caer en una silla frente a ella.

—Bueno… no puedo decir que no me lo esperase.

—¿Qué?

—Vamos, Prudence. Le dejaste el campo libre a cualquier mujer sedienta de emoción. Admite que siempre te has sentido atraída por Rutland, pese a pensar que él no te vería jamás. Pues ya ves, eres su esposa y se ha pasado ocho meses solo, sin ti. ¡Es un hombre! ¿Qué creías que iba a hacer?

—¡Esperarme! —gritó—. ¡Buscarme! ¡Ser honorable como siempre presume serlo!

—Quizá lo sea —dijo Eleanor, serena—. Quizá por eso no te ha tocado ni con un dedo. Quizá esa viuda solo sea una distracción. Los hombres también se aburren, querida amiga.

—¡Pues que se aburra solo! ¡Que no me exponga así! ¡Que no me convierta en el hazmerreír de la temporada! —se levantó de golpe y comenzó a

pasearse como una leona enjaulada—. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo osa? ¡Ni siquiera me ha besado y ya me ha reemplazado!

—No te ha reemplazado aún. Lo hará, a menos que le recuerdes, Prudence, que sigues viva.

—¿Y cómo hago eso? ¿Le envío una carta perfumada? ¿Me dejo ver en público con otro?

Eleanor sonrió con malicia.

—No. Volverás a Londres, no como su duquesa abandonada. No. Regresarás como una mujer nueva. Más elegante, más segura. Más… peligrosa.

—¿Peligrosa?

—Seductora. Imparable. Vas a hacer que se arrodille, Prudence.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces tú harás que se arrepienta de no haberlo hecho.

Prudence se detuvo. El periódico crujió entre sus dedos. Sus mejillas estaban rojas, no por vergüenza, sino por ira. Una ira que no conocía. Una que ardía justo bajo la piel, mezclada con un dolor tan hondo que solo podía curarse con venganza… o con deseo.

—¿Y cómo se aprende a ser… así?

Eleanor sacó un pequeño paquete envuelto en papel de estraza de su bolso. Lo dejó sobre la mesa, entre ambas.

—Con esto.

—¿Qué es?

—Un libro. De Francia. Prohibido. Lo escribió una cortesana retirada que ahora vive en Marsella y da clases privadas a viudas aburridas. Debo confesarte que vi el periódico antes de que te levantases y ya venía a verte preparada para darte un empujón.

Prudence lo sostuvo con delicadeza. No tenía título. Solo un lazo rojo atado al centro.

—¿Y qué hace una dama respetable como tú con algo así?

—No preguntes, es una historia larga. Te lo simplificaré: lo encontré en la biblioteca de mi padre y… no he podido dejarlo atrás. Es muy… ingenioso. De gran utilidad.

—¿Y qué voy a aprender con esto?

—A usar tu cuerpo como un arma. Tu voz como un lazo. Tus ojos como promesas. Aprenderás a ser lujuriosa, Prudence. A desear y ser deseada.

—Eso suena indecente. No deberías decir algo así.

—¿Y qué es más indecente? ¿Leer un libro o permitir que otra mujer ocupe tu lugar en su cama, en su casa, en su vida? Es tu marido.

Prudence no respondió. Desató el lazo y abrió la primera página. Leyó una línea. Luego otra. Y otra.

—Dios mío…

—¿Demasiado? —se interesó la amiga de la duquesa de Rutland.

—No. Justo lo que necesito.

Eleanor sonrió, victoriosa.

—Pues entonces, duquesa… prepárate. Porque si vas a volver a Londres, no será como la vergüenza de la ciudad.

—No —dijo Prudence, cerrando el libro —. Será como la mujer que hizo que el duque de Rutland se arrodillara por primera vez en su vida.

Y el cielo, afuera, volvió a nublarse. Porque incluso el tiempo parecía saber que algo se avecinaba.

Aquella noche, una mujer estudió muy a fondo un libro que debería serle entregado a toda

mujer que se casase por primera vez.

¡Qué barbaridad!

***

Tres días más tarde. La duquesa de Rutland estaba en Londres. No había ido a su casa porque tenía un plan en mente. Iba a seducir a su esposo, pero no sin darle un escarmiento. Lo malo era que la estrategia todavía no estaba gestada.

Decidió residir en casa de su mejor amiga Eleanor. El padre de ella no preguntó el motivo por el que una mujer casada le pedía cobijo. No hizo falta. Toda la buena sociedad estaba al tanto de que ella llevaba desterrada en el campo más de ocho meses.

Y mientras trataba de averiguar cómo cazar a un cazador, la noticia llegó a oídos de Prudence de la forma en que siempre lo hacían los escándalos: envuelta en un susurro demasiado jugoso para permanecer en secreto. Fue Eleanor quien le informó del asunto. Una de sus otras amigas había mencionado que el duque de Rutland acudiría a la gran mascarada organizada en la residencia Dunmore, un evento de disfraces tan exclusivo como libertino. Aquel tipo de fiesta donde las identidades se disolvían y los rumores florecían.

—¿Así que va a una mascarada? —murmuró Prudence, mientras se ajustaba los guantes de encaje negro frente al espejo.

—Y no va solo —añadió Eleanor, sentada en la butaca, cruzando una pierna sobre la otra—. La viuda Hemsley estará allí. Y dicen que esta vez planea algo más que dejarse ver en su brazo.

—¿Pasará a la ofensiva?

—Así lo insinúan. Tu esposo fue amigo del primer oficial de su regimiento, el esposo de tu rival, quien murió en la guerra. Hay afecto entre la viuda y el duque, sí, pero tú y yo sabemos lo que ella quiere.

—¿Convertirse en la nueva duquesa de Rutland? —Se preguntaba si a su marido le gustaría que ella despareciese de la faz de la tierra. Seguro que sí. Una carga inútil, eso era lo que era para él.

—No lo creo, amiga mía. Dudo mucho que alguien sepa que el matrimonio no fue consumado. Tu esposo está siendo tentado, pero sigue siendo Rutland, el caballeroso duque cargado de honor.

—Mucho honor, pero irá a una mascarada con una viuda de la que todo el mundo dice que quiere meterse en su cama…

—Te concederé que es preciosa, una mujer a la que pocos hombres le dirían que no.

—Pues esta noche lo hará —dijo Prudence, levantándose—. Con una sonrisa educada y la vista fija en mí, le dirá a esa mujer que se vaya a paseo.

Al fin el plan estaba bien dibujado.

***

La música se filtraba a través de los corredores como un susurro continuo de violines y risas apagadas. El salón principal brillaba con decenas de lámparas de araña, espejos altos y cortinas de terciopelo rojo sangre. Todo el mundo llevaba máscara. Todo el mundo, salvo los caballeros, entre ellos el propio duque de Rutland.

Benjamin no era hombre que se ocultase.

Vestía con sobria elegancia, sin extravagancias, como si incluso en el juego del disfraz necesitara dejar claro quién era. Llevaba una chaqueta de terciopelo azul oscuro y una capa negra bordada con discreción. Su porte era inconfundible. Y a su lado, pegada como un perfume persistente, estaba la viuda Hemsley.

—Su Gracia, esta noche es perfecta —decía la señora Hemsley, inclinándose apenas hacia él

—. ¿Le he dicho que este vestido fue confeccionado en París? Es verde, su color favorito, ¿verdad?

Benjamin la escuchaba con cortesía. La conocía desde hacía años, desde antes de que enviudara. Había admirado su entereza, su manera de mantener la compostura incluso en las peores circunstancias. Pero esa noche… esa noche algo le molestaba. Una incomodidad sorda que no lograba explicar.

—Señora Hemsley —dijo con voz amable, aunque distante—, siempre es un placer coincidir con usted.

—Y será más que un placer si me permitiese… —ella se acercó un poco más, sus labios a un suspiro de su oído—, presentarle una propuesta. Algo más… duradero e íntimo. —La dama jamás se lo había dicho al duque, pero su matrimonio no fue feliz y ella siempre lo había admirado. Un hombre con ese porte, con ese temperamento… Lo había deseado desde hacía mucho tiempo, pero no se había permitido dar el paso hasta que tuvo esperanza, porque sabía que él se había casado y que su esposa estaba desterrada en el campo.

Benjamin no respondió a las palabras de su acompañante. No pudo, porque sintió algo extraño… como si el aire cambiara, lo sintió.

Un escalofrío. Una presencia.

Levantó la mirada hacia un lugar muy concreto.

Y la vio. Una mujer impresionante. Segura de sí misma. Alguien que tenía la vista clavada en él.

La desconocida cruzaba el salón, envuelta en un vestido de seda negra que brillaba con reflejos violeta bajo las luces, con una máscara plateada que apenas cubría sus ojos.

Le resultaba familiar. Como si ella… ¡Condenación! La vio sonreírle y se dio cuenta de inmediato de que la pequeña tonta había regresado a Londres. ¿Cuánto haría de eso?

Oh, sí, no había duda alguna. Esa máscara la protegía muy poco y él tenía grabado a fuego sus rasgos.

Prudence.

Su duquesa.

No necesitó ver su rostro descubierto. La reconoció además por la manera de caminar. Por el modo en que su mentón se alzaba, desafiante, como si la ciudad entera debiera inclinarse a su paso. Se colocó a su lado y luego habló. No con él. Con otro caballero. Una frase ligera, lanzada al aire como una provocación.

Benjamin cerró los ojos por un segundo. Su voz. Su maldita voz. ¿Cómo podía una sola frase poner su mundo del revés?

La viuda Hemsley seguía hablándole, pero él ya no escuchaba. Solo veía.

A Prudence.

Y ella… no tenía la menor idea de que había ganado…

Aún.

Capítulo 4

Benjamin no habría asistido a la mascarada si no hubiese sido por un compromiso que no podía ignorar. Su presencia allí no era fruto del ocio, ni de la búsqueda de distracción, sino de una promesa silenciosa. La viuda Hemsley había sido esposa de un viejo camarada, un hombre que había caído en la Península años atrás y que, antes de morir, le hizo prometer que velaría por ella. Aquella promesa nunca significó compartir escándalos o prestarse a juegos sociales, pero la señora Hemsley había insistido en asistir a la fiesta y él, sabiendo lo que las malas lenguas podían hacer con una mujer sola, decidió acompañarla. Era un gesto de protección. Nada más. O eso se había repetido una y otra vez mientras descendía de su carruaje aquella noche.

Pero la molestia persistía. No era por la viuda, sino por su esposa.

Prudence.

Habían pasado ocho meses desde que la envió a la propiedad de Ainsworth. Una decisión que, aunque tomada por él, había supuesto un vacío más profundo del que esperaba. Y aun así… ella no lo desafió. No protestó. No escribió. Ni una línea. Ni una nota. Nada. Fue como si hubiese desaparecido del mapa de su vida, como si no hubiese existido más allá del papel firmado que los unía por título y honor.

Esa indiferencia lo corroía.

Porque Benjamin no era un hombre sentimental, pero sí orgulloso. Y su orgullo había esperado —sí, con creciente desesperación— que ella hiciera algo. Que regresara, que pidiera verlo, que lo enfrentara. Algo. Pero nada ocurrió. Prudence se había marchado con el mismo aplomo con el que había entrado en su vida, y su silencio se volvió un eco que resonaba cada vez que él se quedaba solo en su despacho, o en la cama, o frente al espejo preguntándose por qué demonios le afectaba tanto.

Lo peor de todo era que no podía enfadarse abiertamente, dado que fue él quien le propuso irse. Fue él quien creyó que el espacio pondría orden, aunque en el fondo, había esperado resistencia. Esperó una pelea. Esperó que ella le insistiera en la necesidad de estar juntos.

En cambio, se fue.

Como si él fuera irrelevante.

Y en esos instantes, verla allí —entrando en la fiesta vestida de provocación y misterio—

encendía su rabia más que cualquier columna de sociedad.

Porque lo había dejado. Y ahora volvía para jugar con fuego.

Y maldita fuese, él no sabía si quería castigarla… o dejarse consumir por ella. Benjamin la había observado avanzar entre los cuerpos enmascarados como si hubiera sido esculpida para ese escenario. Embelesado y fascinado. En la penumbra, su figura parecía aún más letal: curvas escondidas tras la seda y ese andar... como si pisara las promesas de cada hombre que la deseaba. La furia que lo embargó al reconocerla fue inmediata. ¿Qué demonios hacía allí? ¿Y así vestida? ¿Así de... insolente?

¿Y se ponía a coquetear con el hombre que tenía al lado?

Sí, sí, la estaba escuchando, no decía nada escandaloso, tampoco era como si le hiciese falta hacerlo para que el hombre que tenía su atención no estuviese ardiendo ya por ella. ¡Él mismo se sentía lleno de lujuria!

Entonces ella rio. Esa risa. Ese timbre. Esa insolencia elegante que se colaba bajo la piel como una copa de coñac. Y la furia se deslizó en otra cosa. Un desconcierto casi divertido. ¿Ella jugaba? ¿Le proponía ese juego a él sin saber con quién estaba lidiando? Perfecto. Aquel sería un duelo. Y él jamás rehusaba una provocación que valiera la pena.

Prudence lo vio de reojo. Estaba solo. Al fin. La viuda ya no lo tenía atrapado porque al ver que él no le hacía caso, la víbora se había marchado a bailar con otro. Era su oportunidad. No sabía si él la reconocería. Tal vez la máscara la protegía. Tal vez, por una vez, podía ser la mujer que lo desarmara sin que el peso de la obligación se interpusiera entre ellos.

Se deslizó a su lado. Él giró apenas el rostro. No dijo su nombre. No mostró sorpresa.

—¿Baila usted con damas desconocidas? —inquirió ella, con un deje de travesura en la voz.

Ah. Interesante. Efectivamente, ella quería jugar con él. Muy bien. Le daría ese placer.

—Solo si son peligrosas —replicó el duque, mirando sus labios.

—¿Y si lo son demasiado?

—Entonces me arriesgo. Me gustan las consecuencias bien vestidas.

Ella rio suavemente, y él sintió cómo el sonido le recorría la columna.

—¿Por qué no lleva máscara? —preguntó ella, paseando el dedo por el borde de la manga derecha del duque.

—Nunca me ha gustado esconderme. ¿Y usted? ¿Qué esconde detrás de esa tela plateada?

—Demasiado para contarlo en una noche.

—Entonces tendré que adivinarlo…

Él inclinó apenas la cabeza. Se miraban. Jugaban. Y Prudence se sentía eufórica. Por primera vez desde su matrimonio, estaba decidida, tenía una meta. O eso creía. Porque lo que no sabía era que Benjamin estaba ya ardiendo por dentro. Que quería corromperla, poseerla, hundirse en esa mujer que pretendía engañarlo.

—¿Le gustaría bailar? —preguntó ella.

—No aquí.

—¿No le agradan las mascaradas para bailar?

—Prefiero las habitaciones con puertas.

Prudence sintió un latido entre las piernas. Dios, ¿qué estaba haciendo? ¿Cómo podía un hombre mirar así, haciendo que su mirada la acariciase sin haberla tocado? ¿Decir tanto sin decir nada?

—¿Y si le dijera que soy una mujer casada?

—Le diría que su marido es un necio si la ha dejado sola esta noche.

—Lo es. En exceso —añadió controlando su enfado.

Benjamin sonrió. Muy, muy lentamente.

—Entonces permítame demostrarle que algunos hombres sí saben apreciar lo que otros desprecian.

Ella inclinó la cabeza, y él le ofreció el brazo. La llevó por uno de los pasillos laterales, donde la música se amortiguaba, donde la penumbra lo permitía todo. La apoyó contra una pared cubierta de terciopelo, le colocó las manos a cada lado de su cabeza.

—No debería permitirle hacer esto —susurró ella.

—Pero quiere que lo haga —respondió él.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque tiembla.

Y era cierto. Prudence temblaba. No de miedo. De deseo. De anticipación. De hambre. Estaba a punto de probar aquello que se le había negado durante meses: la boca de su marido.

Benjamin la besó. Sin aviso. Sin permiso. Y fue como si el mundo se callara de pronto.

Ella jadeó contra su boca, sorprendida por la intensidad, por el modo en que él la sujetaba como si se le fuera la vida. Y él, por su parte, no podía entender cómo había sobrevivido tantos meses sin saborearla. Era fuego envuelto en seda. Era tentación domesticada, y al mismo tiempo, libre.

Cuando se separaron, él apoyó la frente contra la suya.

—Debería enfadarme con usted —susurró—. Por jugar a seducir a su propio esposo.

Ella se quedó helada.

—¿Me ha reconocido…?

—Desde el primer paso que dio. Desde la primera palabra. Para jugar conmigo debió haber elegido una máscara que la cubriese más, aunque así y todo considero que la hubiese reconocido, Su Gracia.

—Entonces…

—Entonces —la interrumpió— he querido ver hasta dónde llegaría. Hasta qué punto me quería. Y ahora lo sé.

Ella estaba roja, furiosa, humillada… y extrañamente exaltada.

—Podría abofetearlo por esto —dijo.

—Pero no puede —replicó él—. Porque ahora sabe que también me pertenece. Completamente. Yo también la deseo.

Y después de eso, la besó otra vez. Y esta vez, el gesto fue más duro, más exigente.

Benjamin dejó que el beso se hiciera más profundo, más urgente. Sus labios se entreabrieron sobre los de ella con la certeza de quien había esperado demasiado. Prudence respondió sin reservas, sin máscaras. Se entregó al juego de lenguas como quien se lanzaba al vacío, y en ese gesto estaba toda la audacia y el ansia de una mujer que, por fin, reclamaba lo que deseaba.

Las manos de Benjamin se deslizaron por su cintura, firmes, y luego bajaron con lentitud medida, como si cada curva fuera un secreto que debía ser descubierto. Rodeó sus caderas, atrayéndola contra él hasta que no quedó aire entre ambos. Prudence jadeó contra su boca, y él aprovechó ese momento para besarle el cuello, lentamente, saboreando la piel suave justo debajo de su oreja.

—¿Sabe lo que estamos haciendo, Prudence? —murmuró él contra su piel.

—No —susurró ella, temblando—. Pero no quiero que se detenga.

Él sonrió, y bajó la mano hasta la parte baja de su espalda, acariciando la línea que marcaba el principio de su trasero. La presión era firme, posesiva, pero no bruta. La acariciaba como un guerrero que trazaba un mapa antiguo, con devoción y deseo. Prudence arqueó ligeramente la espalda, y su pecho rozó el de él. El roce fue suficiente para que los pezones, apenas protegidos por la seda fina, se endurecieran contra el calor de su torso.

Benjamin bajó la mirada, y con una lentitud exasperante, llevó sus labios hasta el escote. No la desvistió, no necesitaba hacerlo. La besó justo donde el corazón latía más fuerte, y luego deslizó una mano entre los pliegues del vestido, rozando el lateral de su seno con el dorso de los dedos. Era una caricia indecente envuelta en guante blanco.

Ella se aferró a sus hombros.

—Esto es una locura… —dijo, con la voz entrecortada.

—Lo es, pero también es inevitable —se afirmó él.

Subió la mano hasta su garganta, y la sostuvo con suavidad mientras volvía a besarla, esta vez más despacio, más hondo. Sus lenguas se entrelazaron, y la respiración se volvió errática. Cada beso era una promesa. Cada caricia, una rendición. Y aun así, ninguno se desnudaba del todo. El deseo era tan intenso como contenido, como si ambos supieran que el momento de romper todas las barreras estaba cerca, pero no sería allí. Todavía no.

Benjamin rozó la parte interna de su muslo, por encima del vestido, con los dedos abiertos. Prudence soltó un gemido bajo, casi imperceptible. Su cuerpo se encendía por zonas, como una vela prendida desde la base. Y él la sentía responder, latido a latido.

Estremecida.

Viva.

Deseosa.

—¿Quiere que pare? —preguntó él, con la voz más grave que nunca. Sería un caballero mientras pudiese detenerse. Ella negó, sin hablar, los ojos cerrados, los labios húmedos—. Entonces, Prudence… —y le mordió suavemente la comisura de la boca— prepárese. Porque no pienso ser el mismo hombre que la envió lejos.

Ella abrió los ojos. Lo miró con una mezcla de rabia y ternura. Y se sintió poderosa.

—Y yo no pienso ser la misma esposa que usted abandonó.

Se miraron. Respiraron el uno del otro. Y luego, se besaron otra vez, como si sus bocas fueran el único lugar seguro del mundo.

El deseo quedó suspendido, como una llama detenida en el aire. No era el momento aún para amarse el uno al otro, no obstante, ambos

sabían que esa noche sería el principio de todo lo que nunca se atrevieron a tocar.

Entonces, sin previo aviso, Prudence hizo lo que sabía que tenía que hacer. Le dio un empujón, le pegó una patada en la pantorrilla y huyó a toda prisa de su esposo. La acción lo dejó tan asombrado que el duque de Rutland se quedó como un pasmarote viendo cómo esa arpía seductora se deshacía de él.

La frustración fue muy dura de soportar. Vaya que lo fue… La erección de sus pantalones tardó un buen rato en desaparecer.

¡Dios!

Capítulo 5

La mañana siguiente llegó con una niebla espesa sobre Londres y un nudo más espeso aún en el estómago de Prudence. Había regresado a casa de Eleanor la noche anterior, estaba en esos instantes en una habitación con vistas a un jardín, un lugar que a esa hora parecía más un cuadro deslavado que un paisaje real. El vestido de la mascarada yacía sobre una silla, el corpiño, abierto como si hubiese sido abandonado tras una batalla. Eso había sido el encuentro con su marido: una batalla. Y ella… no estaba segura de haberla ganado.

—¿Qué demonios hiciste anoche? —preguntó Eleanor desde el umbral de la habitación, sin ni siquiera saludarla.

Prudence se giró con lentitud, aún descalza, con el cabello suelto y el camisón apenas recogido con un lazo de seda.

—Algo entre brillante y estúpido —razonó.

—¿Lo besaste? —preguntó su amiga sin remilgos.

—Lo besé… y me besó… y luego hui como una colegiala. —Era vergonzoso reconocerlo en voz alta, pero era, a fin de cuentas, lo que había sucedido.

Eleanor se dejó caer sobre el borde de la cama, riendo por lo bajo.

—¿Sabes lo que opino de eso, querida amiga?

—Que soy una cobarde. —Ella misma lo pensaba.

—No. Que estás completamente loca por él.

Prudence no respondió al instante. Caminó hacia el tocador y se sentó, mirándose en el espejo como si esperara encontrar a otra mujer al otro lado. Alguien más valiente y fascinante que ella. No apareció nada más que su reflejo, por supuesto.

—¿Y si lo estoy? ¿Qué cambia eso? Sigue siendo el hombre que me envió lejos. El que no me escribió ni una sola vez. El que me dejó sola en mi luto. —Era humillante.

—Y al que sedujiste sin decirle que eras tú —añadió Eleanor, divertida—. Lo cual, debo admitir, es de lo más audaz que has hecho.

—No me siento audaz ahora. Me siento como si hubiese corrido hacia un precipicio.

—¿Y?

—Y hubiese saltado… con una venda en los ojos.

Eleanor se recostó en la cama, mirando el techo.

—¿Y cómo fue el beso?

Prudence se sonrojó, pero no bajó la vista.

—Fue como un incendio. Lento. Elegante. Brutal. Me besó como si el mundo fuera a acabarse… y luego me miró como si hubiese encontrado algo que no sabía que necesitaba.

—¿Y por qué huiste?

—Porque me reconoció. Me lo dijo. Desde el principio sabía quién era yo. Y quería… quería darle una lección.

Eleanor se incorporó en seco.

—¿Y te besó igual? Aunque te reconoció, digo.

—Sí.

—¡Ese hombre está también loco por ti!

—O juega conmigo ¿Y si solo quería castigarme? ¿Ver hasta dónde llegaba la duquesa descarriada que no sabe ni jugar a ser una dama experimentada?

—Prudence… —dijo Eleanor con voz suave—. Anoche jugaste con fuego. No te quemaste. ¿Lo sabes, verdad? Le dejaste deseando más, estoy segura. Y tú también lo anhelas.

—¿Y si el deseo no basta? ¿Y si no puedo perdonarlo por haberme dejado ir tan fácilmente?

—Entonces haz que lo pague. Haz que te persiga, pero no te escondas. Ya no.

Prudence asintió con lentitud. El fuego aún ardía en su interior, mezclado con orgullo, deseo, dolor y algo que se parecía demasiado a la esperanza.

—¿Sabes qué voy a hacer?

—Sorpréndeme, Prudence —la retó.

—Voy a hacer que se arrepienta de cada minuto que pasó sin mí.

Eleanor sonrió como una militar satisfecha con el plan de ataque.

—Esa es mi chica.

Y por primera vez desde hacía meses, Prudence sonrió también. No como una esposa herida. No como una dama abandonada, más bien como una mujer con un objetivo.

Uno que tenía nombre y apellido: Benjamin Hamilton, décimo duque de Rutland.

***

Benjamin se despertó al amanecer con los puños apretados y el cuerpo lleno de rabia y deseo. El recuerdo de la noche anterior lo perseguía como una sombra insolente: la boca de Prudence, su risa, su huida cobarde tras haber encendido cada rincón de su ser. ¿Y ahora? Nada. Ni un mensaje. Ni una nota. Y, peor aún, ¡no estaba en su casa! No estaba en su cama.

Era su esposa. Y no sabía dónde se encontraba.

El orgullo le dolía más que el deseo contenido. Porque Benjamin Hamilton, décimo duque de Rutland, no estaba acostumbrado a ser ignorado. Desde niño, su vida había sido regida por la disciplina, la discreción, el deber. Le enseñaron a no perder la compostura, a no desear sin permiso, a no necesitar a nadie. Había sido criado para gobernar su mundo con frialdad y precisión, no para arder por una mujer que se le escapaba entre los dedos como el agua salada del mar. Oh, sí, ella se le había escurrido. ¡Bruja!

Y, sin embargo, allí estaba, furioso porque su esposa… ¡su esposa! no estaba donde debía. No bajo su techo. No dentro del margen de control que tanto necesitaba. Esa mujer lo estaba desestabilizando. Ella, con su rebeldía, con sus silencios, con su forma de tocarlo sin miedo alguno. Le provocaba un desorden interno que él no sabía cómo definir, pero que reconocía por sus síntomas: falta de sueño, pensamientos indecorosos, una tensión persistente en el vientre cada vez que recordaba su voz.

¿Dónde demonios se escondía?

Porque eso era lo que hacía, ¿no? Se escondía. ¡Se escondía de él! Como si no tuviera responsabilidad alguna. Como si él fuese el único culpable. Sí, había sido él quien la envió al campo, pero también fue él quien le ofreció el amparo de su título, la protección de su apellido, una casa, un futuro. ¿Y cómo le pagaba ella? Huyendo como una adolescente traviesa tras haber probado la fruta

prohibida. ¡Ni Eva se atrevió a tanto con la manzana… y Adán!

Benjamin se levantó del sillón del despacho y caminó hasta la ventana. Afuera, Londres despertaba gris. Como su humor.

No podía pensar con claridad. No cuando aún la sentía en los dedos. En la boca. En la espalda tensa por la frustración de no haberla llevado consigo hasta el final. Porque si ella no lo hubiese empujado, si no hubiese huido, ahora mismo estarían donde debían estar: en su cama, sin máscaras, sin disfraces. Unidos. Saciados. Su matrimonio, por fin, completo.

Pero no. Ella lo dejó allí. Con una erección dolorosa y el alma llena de preguntas.

Y lo peor era que, a pesar de todo, la deseaba más que nunca.

La quería rendida. Sí, pero también la quería despierta, altiva, provocadora. La Prudence que había besado la noche anterior no era una dama dócil. Era una tempestad elegantemente vestida. Y él… él temía que si se entregaba del todo a esa mujer, no solo perdería la compostura. Podía perderse a sí mismo.

Porque lo que sentía no era solo deseo. Era algo más primitivo, más profundo. Una necesidad de pertenencia, de cercanía, de redención. Y eso, para un hombre como él, era más peligroso que cualquier escándalo.

Se pasó la mano por el rostro, maldiciendo en silencio.

Tenía que encontrarla. Tenía que verla. Pero no podía ir a buscarla como un enamorado desesperado. Él no era eso. Benjamin era un duque. Y los duques no rogaban. No mendigaban.

O eso se repitió… mientras el fuego que ella había encendido seguía ardiendo en su interior.

Capítulo 6

Aquella noche, el salón de lady Wexley era un estallido de luz y rumores. La primavera londinense se desbordaba en flores y copas de champán, y la alta sociedad flotaba entre cortinas de muselina, perfumes caros y carcajadas apenas veladas. Nadie podía imaginar que en medio de tanto brillo se gestaba una guerra sorda entre el orgullo y el deseo.

Prudence entró del brazo de Eleanor, vestida de marfil y dorado, con un vestido que dejaba al descubierto los hombros y enmarcaba su cuello como si fuese una estatua viviente de la provocación contenida. El escote era lo bastante sutil como para no ofender, pero lo bastante prometedor como para mantener todas las miradas a la expectativa. No llevaba joyas, solo una peineta de perlas antiguas que recogía su cabello en un moño bajo. La sencillez era su mejor arma: hacía que todos se fijaran en ella sin saber por qué.

Fue Margaret, la duquesa viuda de Rutland, quien la vio primero. Estaba en un rincón del salón, con un abanico de encaje suspendido entre los dedos, cuando la reconoció de inmediato.

—Dios santo —susurró, y sin perder la compostura, se apresuró a ir a un lugar para escribir una nota con suma rapidez. Cuando terminó de garabatear, se giró hacia su dama de compañía y le ordenó—: Llévale esto a mi hijo. —Le tendió una nota con rapidez y firmeza. La tinta aún fresca, apenas una línea: *«Está aquí. Ven antes de que otro la note».*

Benjamin recibió el mensaje en su biblioteca, donde se refugiaba de la vida social, y no tardó en ponerse en camino. En menos de media hora, cruzaba las puertas del salón con una expresión que bordeaba el hielo y la tormenta.

La vio.

Ella no lo había visto aún. Reía. Sonreía. Conversaba con un vizconde joven que no dejaba de inclinarse hacia ella. Benjamin no oía ni una sola palabra de la conversación, pero no necesitaba hacerlo. El lenguaje del cuerpo era claro: Prudence tenía el control, se la veía brillante, estaba… perfecta.

Su estómago se tensó.

No llevaba máscara esta vez. No era una aparición furtiva. Era su esposa, de carne y hueso, radiante y peligrosa. Y el salón entero parecía girar a su alrededor.

Benjamin caminó hasta el borde del salón, sin ser anunciado, sin saludar. Solo la observó. Solo esperó. Prudence, al sentir la presión en el ambiente, se giró lentamente… y entonces lo vio.

Sus miradas se cruzaron como un disparo.

No hubo sonrisa. Solo un reconocimiento mudo. Un campo de batalla abierto en medio de una fiesta.

Él no se movió. Ella tampoco. El mundo, alrededor de ambos, siguió girando, ajeno a la tensión que los sujetaba por los hilos del deseo y el desafío.

Fue Eleanor quien rompió el hechizo.

—Está aquí y parece disgustado —le susurró en el oído para que el otro hombre que buscaba su atención no la oyera.

—Lo sé —dijo Prudence, sin dejar de mirar a su esposo.

—¿Vas a ir hacia él?

—No. Esta noche, tendrá venir a mí si me quiere —añadió, manteniendo la misma discreción.

Y así fue. Benjamin no se precipitó. Tardó. Dejó que ella lo viera examinándola. Dejó que

sintiera el peso de su presencia como una promesa y una amenaza. Solo cuando el vizconde se inclinó a decirle algo al oído —demasiado cerca— Benjamin avanzó.

Sus pasos eran felinos, seguros. Ella no se apartó. No hizo ningún gesto. Solo lo esperó.

Cuando llegó a su lado, habló sin saludar.

—Prudence.

—Benjamin —respondió la duquesa, sin vacilar, con una chispa de reconocimiento.

Aquel muchacho que trataba de ganarse su favor salió huyendo a toda prisa en cuanto él se presentó ante su esposa.

—¿No me dijiste que eras tímida para las multitudes? Permite que hablemos sin formalidad, después de… nuestro último encuentro, considero que podemos prescindir de ciertas normas. —La duquesa afirmó con la cabeza, dando conformidad a su último planteamiento.

—Quizá he cambiado —contestó ella, sin pestañear.

—Veo que has tenido buena compañía para hacerlo.

—El vizconde es encantador.

—Yo también puedo serlo.

—No esta noche. —Se le veía fiero, con un toque de… ¿peligro?

Hubo un silencio denso. Eleanor desapareció, diplomática como siempre, porque se dio cuenta de que su amiga se las podía apañar bien.

—¿Me concedes este baile? —preguntó Benjamin, sabiendo que todos los ojos estaban sobre ellos.

Prudence dudó apenas un instante. Luego extendió la mano.

—Solo si prometes no sermonearme.

—Lo intentaré.

Bailaron. Y mientras lo hacían, no dijeron una palabra más. Aunque sus cuerpos hablaban en otro idioma. Sus manos unidas eran un juramento, sus pasos un pulso, sus respiraciones un ajuste de cuentas. Aquel vals fue una batalla silenciosa, en la que ella se negó a rendirse y él se negó a dejarla ganar sin lucha.

Cuando terminó, Benjamin se inclinó y besó su mano con una lentitud que fue más promesa que cortesía.

—Hablaremos mañana —dijo. Había decidido que iba a dejarla jugar a su juego. Estaba…

¿divertido? No. Un duque no podía permitirse el lujo de ser divertido. Estaba lleno de anticipación.

—Lo espero, Su Gracia. —Usó la formalidad porque le pareció que la ocasión ameritaba. Además, se negaba a sentirse decepcionada. No era como si ella hubiese deseado que se la cargase al hombro como si fuese un hombre de las cavernas… ¡No era eso!

Y se separaron.

El salón, testigo de esa tregua disfrazada de baile, volvió a respirar.

Pero ya nada sería igual.

El juego seguía disputándose.

Capítulo 7

El encuentro entre los duques de Rutland no se hizo esperar.

La tarde siguiente al baile, Benjamin apareció en casa de lady Eleanor. La duquesa viuda había hecho las pesquisas para él. El mayordomo lo dejó pasar sin rechistar —nadie en su sano juicio le cerraría la puerta al duque de Rutland cuando su expresión era la de un hombre dispuesto a incendiar Londres con una sola mirada.

Prudence lo esperaba. Vestida con sobriedad, el cabello recogido con sencillez, parecía todo menos vulnerable. Pero por dentro, un torbellino la agitaba. Cuando lo vio entrar en el salón donde lo aguardaba, no se levantó. Tampoco él hizo la reverencia de costumbre. Se miraron. Largamente. Como si en ese silencio fueran a medir la distancia exacta entre el daño y el deseo.

—Vaya, el duque de Rutland se digna a visitarme —dijo ella, con la barbilla alta.

—Y la duquesa de Rutland se digna a dejarse ver —replicó él, cerrando la puerta tras de sí con más fuerza de la necesaria.

—¿Has venido a agradecerme el baile de anoche?

—He venido a preguntarte sin rodeos a qué clase de juego estás jugando conmigo.

Prudence se puso de pie.

—¿Juego? ¿Eso crees que es?

—Ocho meses sin decir una palabra. Sin una carta. Sin una nota. ¿Y apareces en una mascarada para seducirme como si nada hubiese ocurrido?

—¿Disculpa? —ella rio, seca—. ¿Insinúas que debía haberte rogado volver? ¿Que debía arrastrarme hasta tu despacho como una esposa arrepentida, cuando no hice nada malo?

—No. Insinúo que me dejaste. Que me aceptaste como esposo y luego huiste al primer obstáculo. Y ahora apareces como una maldita visión, coqueteando con cada imbécil que se te cruza en el camino. —Le importaba bien poco no estar siendo racional. Él tenía razón. ¡La tenía y punto!

—¡Tú me enviaste al campo! —le gritó.

—Y tú aceptaste. ¡Con una docilidad que ni mi perra más vieja mostraría! No luchaste, Prudence. Ni una sola vez. ¿Y me culpas por enfadarme porque no mostraste el menor interés en volver?

—¡Porque no me diste motivos! ¡Ni una carta, ni una visita, ni un indicio de que te importaba!

—¡Porque estaba esperando que tú lo hicieras! ¡Esperaba que tuvieras el coraje de regresar por voluntad propia!

—¡Y yo esperaba que tú tuvieras el coraje de venir a buscarme!

El silencio fue un zarpazo.

Benjamin dio un paso hacia ella. Ella no retrocedió.

—Nos besamos —dijo él, con voz grave —. Me tocaste como si te ardiera el alma. ¿Y luego huiste otra vez?

—Porque no sabía qué sentías. Porque me dolía lo que ha pasado entre los dos.

—¿Y ahora?

—Ahora me duele más.

Él apretó los puños.

—¿Te divierte que todos los hombres te miren como si estuvieras disponible? ¿Que Londres entero murmure que mi esposa se pasea por los salones como si fuera una viuda alegre?

—¿Y tú? ¿Acaso no te paseaste con la viuda Hemsley como si buscases consuelo en otra cama?

—¡Jamás la toqué!

—¡Y yo jamás toqué a nadie más que a ti! —La confesión de ella voló como un cuchillo—. No soy una cortesana, Benjamin. Pero la noche anterior quise serlo para ti. Y tú… tú me encendiste y me dejaste otra vez en el borde del abismo.

—Porque quería que me suplicaras. Que me desearas tanto como yo a ti. No lo hiciste, no rogaste. Me besaste y huiste.

—Porque me aterra amarte —dijo ella, bajando la voz.

Benjamin pareció vacilar. Luego, dio dos pasos más, hasta quedar frente a ella.

—¿Me amas?

Ella alzó la mirada.

—No lo sé, pero sueño contigo. No dejo de pensar en ti. Te odio y te deseo. ¿Te basta con mi sincera confesión?

Él la miró como si quisiera romper algo.

—Sí. Eso basta… por ahora.

Y entonces, sin más palabras, la besó. No como en la mascarada. Este beso fue rabia, fue un reclamo, fue rendición. Las bocas se buscaron con desesperación, y las manos ya no se contuvieron. El salón fue testigo de un desahogo largo tiempo contenido.

Cuando se separaron, estaban jadeando. Él con el rostro tenso. Ella con los ojos húmedos.

—No me dejes otra vez —dijo él.

—No me eches otra vez —respondió ella.

Se quedaron en silencio.

Benjamin dio un paso atrás. Solo uno. Como si necesitara espacio para pensar, para no ceder por completo a la oleada que lo arrastraba hacia ella. Pero era tarde. Su control habitual —ese férreo autodominio que lo definía como el duque que era— había quedado hecho jirones, en el suelo, entre ambos.

—No puedo seguir así, Prudence —dijo al fin, su voz más grave que nunca—. Esto… lo que sea

que tengamos… me está destrozando por dentro.

Ella se abrazó a sí misma, no por frío, sino por no saber dónde colocar tantas emociones al mismo tiempo.

—¿Y qué propones? ¿Que volvamos a ser los desconocidos que firmaron un contrato y se despidieron con un apretón de manos?

—Propongo —respondió él, con dureza contenida— que me digas la verdad. Toda. Que me digas si quieres ser mi esposa. No solo por obligación. No por la memoria de tus padres. No porque es lo que la sociedad espera. Sino porque tú lo deseas.

Prudence bajó la mirada durante un instante, como si la pregunta pesara demasiado.

—Quiero ser tu esposa —murmuró—. No la esposa que tú tuviste en la cabeza cuando me enviaste al campo. No quiero ser una sombra obediente. Ni un adorno más para tus salones. Quiero… una vida.

—¿Y yo qué soy para ti? —preguntó él, alzando la voz—. ¿Un enemigo? ¿Así me ves? ¿Cómo un amo que debe darte permiso para existir?

—Eres un hombre al que deseé incluso antes de conocer —confesó ella—. Y cuando te conocí… no supe cómo manejarme. Te tenía miedo y no solo de ti. Me daba pánico lo que podrías despertar en mí. Tú eras más mayor y no te dabas

cuenta de que una chiquilla te observaba en silencio. Siempre te he admirado —le confesó la verdad al fin, porque él había sido el sueño prohibido de una muchacha que no se había atrevido imaginar un final feliz con él.

Benjamin cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió, su expresión era distinta. Como si algo dentro de él hubiese cedido al fin.

—Entonces deja de huir. Quédate conmigo.

—¿En tu casa?

—En mi vida.

Ella lo miró, aún temblorosa.

—Quiero quedarme, pero necesito saber que no me cerrarás la puerta si me atrevo a ser yo misma.

—Tú misma eres exactamente la mujer con la que quiero compartir mi existencia —dijo él, con una sinceridad devastadora—. Incluso cuando me sacas de quicio. Incluso cuando me dejas ardiendo y te marchas si mirar atrás.

Ella sonrió, al fin. Apenas un poco. Fue suficiente.

—Entonces… ¿hemos terminado de hacernos daño?

Benjamin se acercó, con un gesto casi tierno.

—No prometo dejar de discutir contigo.

—Ni yo contigo.

—Pero prometo que no volveré a dejarte marchar.

Prudence alzó la mano y la apoyó sobre su pecho.

—Y yo prometo no volver a huir. Aunque me dé miedo.

Él le colocó la mano entre las suyas, sin apartar los ojos de los suyos.

—Esta vez, lo haremos bien.

—¿Desde el principio?

—Desde este momento.

Y sin más palabras, volvieron a abrazarse. Ya no desde la furia o la necesidad, sino desde algo más profundo, más verdadero. Una promesa tácita de reconstrucción. De paciencia. De deseo y de futuro.

Ese día no se resolvieron todos sus problemas.

Pero por primera vez… decidieron enfrentarlos juntos.

***

Esa noche, la lluvia golpeaba suavemente los cristales del dormitorio principal de la residencia Rutland, donde Prudence acababa de regresar tras meses de ausencia. La casa la había recibido con un silencio contenido, como si el mobiliario y los pasillos aún no supieran cómo comportarse ante su regreso. La duquesa viuda la abrazó en el vestíbulo, sin palabras, con una emoción breve pero sincera. El personal, alineado como en una ceremonia, inclinó la cabeza con respeto. Ella subió las escaleras acompañada solo de su doncella, y cuando cruzó la puerta de la habitación que le correspondía como esposa del duque, respiró hondo, como quien pisaba tierra firme después de una larga travesía.

La chimenea crepitaba con discreción, proyectando sombras doradas sobre las paredes tapizadas en seda azul. Todo era cálido, íntimo, en contraste con la tensión desatada horas antes.

Benjamin cruzó el umbral sin pedir permiso. Prudence lo esperaba. No con miedo, sino con una decisión callada que le latía en el pecho. Estaba sentada en el borde del lecho, con el camisón

blanco cayéndole por los hombros, los pies descalzos y la mirada fija en él. No dijo nada. Solo lo observó.

Él cerró la puerta con lentitud. Había algo distinto en su expresión. Seguía siendo el duque de Rutland —con su porte imponente y su autocontrol férreo—, pero algo en él se había rendido. El orgullo, quizá. O el temor.

—¿Estás segura? —preguntó Benjamin con voz grave, sin acercarse aún.

Prudence asintió. Se puso de pie.

—Lo estoy desde hace mucho tiempo.

Y con esa confesión sencilla, se desató el mundo.

Él cruzó la distancia que los separaba en dos pasos. Le enmarcó el rostro con ambas manos, como si no creyera que aún estuviera allí. Y la besó. Despacio al principio, como una reverencia. Luego, con más hambre. Con más certeza. Las manos de ella se aferraron a su nuca, a sus hombros, a todo lo que lo hacía real y tangible.

El beso se tornó más profundo, más urgente. Sus labios se entreabrieron y las lenguas se encontraron, saboreándose como si hubiesen sido creadas para esa única comunión. Benjamin deslizó una mano por la espalda de Prudence, buscando la curva de su cintura, atrayéndola contra él hasta que no quedó espacio entre sus cuerpos.

La tela del camisón era fina. Él la sintió temblar. Los senos rozaron el torso masculino y su respiración se volvió errática.

—Eres preciosa —murmuró contra su oído—. Te he deseado desde la primera noche.

—Y no me tocaste —susurró ella.

—Porque no confiaba en mí. Porque tenía miedo de perderme en ti. Estabas rota, débil por la pérdida de tu familia y no quería tenerte así en la cama —le confesó.

Prudence deslizó las manos bajo la chaqueta, empujándola por sus hombros. Él dejó que cayera al suelo, seguido por el chaleco y el pañuelo del cuello. Cada prenda eliminada era una barrera menos entre ellos. Cuando su camisa se abrió, Prudence apoyó la palma sobre su pecho. Sintió el latido. Fuerte. Rápido. Humano.

Benjamin deslizó los tirantes del camisón con una lentitud reverente. La tela cayó sin ruido, dejando al descubierto su cuerpo. Ella no se cubrió. No se avergonzó. Él la miró como si se encontrara ante algo sagrado.

—Eres mía —dijo.

—Solo si tú también eres mío —contestó ella.

Él sonrió. No con ironía, sino con gratitud. La besó de nuevo, y esta vez las manos exploraron sin apuro, con una mezcla de ternura y lujuria que la hizo gemir bajo el roce. Sus dedos acariciaron los senos, la curva de la espalda, la cadera. Cuando rozó la parte interna de su muslo, ella se arqueó contra él, sin vergüenza, solo con deseo.

La condujo hasta la cama. Se tendieron entre las sábanas como dos combatientes que al fin firmaban la paz. Benjamin se colocó sobre ella, sosteniéndose con un brazo, el otro trazando círculos lentos sobre su vientre, bajando, subiendo, acariciando sin prisa.

—Quiero conocerte —susurró—. Cada gesto. Cada rincón. Cada sonido que haces cuando estás conmigo.

Ella lo abrazó con fuerza, las piernas enredándose con las suyas.

—Hazme tuya. Esta noche… por fin.

Y lo hizo. Con lentitud. Con cuidado. Con hambre contenida durante meses. Sus cuerpos se buscaron, se encontraron, se adaptaron. El primer gemido fue de sorpresa, luego de placer. Se movieron al ritmo de una danza antigua, guiados por el instinto y el afecto creciente. No fue perfecto, no fue limpio. Fue humano. Fue ardiente. Fue real.

Y cuando llegaron juntos al final, sus nombres se escaparon de sus labios entre jadeos y

besos. Sin títulos. Sin máscaras. Solo ellos. Solo Prudence. Solo Benjamin.

Y el mundo, por fin, calló para que pudieran escucharse.

Capítulo 8

La luz de la madrugada apenas rozaba los bordes del dosel cuando Prudence se giró entre las sábanas. Benjamin dormía a su lado, parcialmente cubierto, una mano apoyada sobre su estómago como si aún la buscara. Ella lo observó durante unos minutos, en silencio. No era un hombre hermoso según los cánones más románticos, pero tenía un rostro que no se olvidaba. Un rostro que, por fin, había aprendido a leer.

—Deja de mirarme así —murmuró él sin abrir los ojos.

Prudence sonrió.

—Pensaba que dormías.

—Me enseñaron a dormir con un ojo abierto. Cosas de duques. Y ahora más, con una duquesa impredecible a mi lado.

—¿Así me ves? ¿Como un peligro?

Benjamin abrió los ojos al fin. Eran tan azules como los recordaba, la examinaron con una intensidad tranquila, llena de admiración.

—Te veo como algo que puede cambiarlo todo. Y eso, Prudence, siempre es peligroso.

Ella bajó la mirada.

—Yo no querría destruirte. Nunca lo quise.

—No lo hiciste. Me sacudiste. Me hiciste replantearme lo que creía que era suficiente. Lo que pensaba que quería.

Se quedaron en silencio un instante, compartiendo el lenguaje mudo de quienes habían cruzado un umbral.

—¿Y ahora qué quieres? —preguntó ella, tocándole el pecho, justo sobre el corazón.

Benjamin le cogió la mano y la besó con suavidad.

—Quiero verte reír en esta cama. Quiero pelear contigo en el comedor. Quiero que el mundo sepa que esta casa tiene una duquesa con carácter. Y quiero que, cuando lleguen las tormentas, no me mandes al infierno antes de que me expliques por qué estás furiosa.

—¿Y tú? —dijo ella, alzando una ceja—. ¿Prometes no esconderte en tu despacho cada vez que me atreva a desafiarte?

—No prometo no enfadarme —dijo él—. Sí prometo quedarme.

—Esto es nuevo para mí.

—Tú eres nueva para mí. Perfecta y una maravillosa novedad.

Ella apoyó la frente contra la suya.

—Te vas a arrepentir de dejarme entrar del todo.

—No lo creo. Pero si me arrepiento, haré algo al respecto. Un duque siempre lo hace, jamás nos conformamos, viene con el título. Poder, obstinación, orgullo y todo eso.

Ella rio. Se deslizó contra él con naturalidad, como si el hueco junto a su cuerpo le hubiera estado esperando desde siempre.

—¿Crees que esto durará?

Benjamin la miró, serio por un segundo.

—Creo que depende de nosotros. De no dejar que el silencio vuelva a llenarlo todo. De hablar. De pelear con sentido. De besarnos más que de gritarnos.

—Entonces —dijo ella, besándole la mejilla—, deberías saber que no me gusta el pescado frío, detesto que hablen durante los conciertos, y tengo la mala costumbre de quedarme despierta leyendo hasta que se me cierran los ojos.

—Yo ronco. Odio las flores en la comida. Y prefiero dormir del lado izquierdo.

—¿Podremos soportarnos?

—Tú y yo hemos sobrevivido a ocho meses de distancia, dos escándalos públicos —eso fue cuando se casaron a toda prisa y en el último baile en el que estuvieron—, y una mascarada donde casi te arranco el vestido en un pasillo. Creo que podremos con lo que está por llegar.

Ella volvió a reír, esta vez desde el pecho. Y él, al escucharla, sonrió también.

No lo dijeron en voz alta. Aún no. No obstante, los dos eran conscientes de que algo, esa noche, había cambiado. Lo que empezó como una unión forzada, nacida del deber y la obligación, se estaba transformando. No en un cuento perfecto. Sino en algo mejor: una historia real.

Una historia suya.

***

A la mañana siguiente, la rutina de la casa se desplegaba con su habitual discreción. El aroma del pan recién horneado flotaba en el aire, las criadas caminaban en silencio con sus delantales inmaculados, y el mayordomo revisaba el correo con el celo de quien protegía los secretos de una casa noble. Sin embargo, en el comedor del ala este, la armonía se rompía con suavidad.

—¿Has dado instrucciones a la cocinera para que prepare avena salada? —preguntó Prudence mientras levantaba una ceja, sentada al final de la larga mesa.

Benjamin, con el periódico aún desplegado, alzó apenas la vista.

—La avena se sirve así en esta casa desde que tengo uso de razón.

—Pues tu razón es cruel —replicó ella, empujando el plato con sutileza—. Esto tiene la textura de una excusa para el castigo corporal.

—Es buena para el estómago.

—Y pésima para el alma —añadió ella, alcanzando un bollo con mantequilla sin esperar la bandeja.

Benjamin la observó desde detrás del periódico, una sonrisa escondida en la comisura.

—Creí que eras más fuerte que eso.

—Soy fuerte, no soy mártir.

El mayordomo, que entraba en ese momento con más café, hizo una breve reverencia. Benjamin se tomó su tiempo para devolverle el saludo antes de dejar el diario sobre la mesa.

—¿Acaso esperabas que la duquesa de Rutland fuese una mujer sin opiniones?

—Esperaba poder tomar el desayuno sin que cuestionaras cada decisión doméstica que he heredado de generaciones.

—Pues prepárate —dijo ella, levantándose y cruzando con calma hasta el ventanal —. Porque pienso revisar cada rincón de esta casa. Los jarrones que no combinan, los cortinajes pesados, y esas estatuas griegas que parecen juzgarme cuando paso por la galería.

—No te atreverás a tocar las estatuas.

—¿Y si lo hago?

Benjamin se apoyó con los codos sobre la mesa, entre divertido y resignado.

—Voy a necesitar más café.

—Y yo, una pluma y un plano de toda la residencia —anunció ella—. Si esta va a ser mi casa,

voy a hacerla mía.

Él se levantó entonces, sin prisa, y caminó hasta quedar a su lado. Se detuvo justo a medio metro, con el rostro sereno.

—Me gusta tenerte aquí. Aunque hagas temblar los cimientos.

—Pues agárrate, querido. Porque todavía no he entrado al invernadero. —Benjamin soltó una carcajada breve, y ella lo miró de reojo, satisfecha por haberle arrancado ese sonido tan escaso—. ¿No temes que lo arrase?

—Temo que lo conviertas en un campo de batalla perfumado.

—Qué buena idea —susurró ella.

Él se acercó más, y le apartó un mechón de cabello del rostro.

—¿Prometes que todos nuestros conflictos serán así de soportables?

—No.

—¿No?

—Algunos serán peores.

Benjamin la besó en la frente, con una ternura tan inesperada como natural.

—Entonces, que vengan. Los resolveré en la cama.

Y con eso, el día comenzó. No con paz perfecta, sino con algo mucho más prometedor: convivencia real.

Capítulo 9

Esa misma tarde, cuando Prudence recorrió los salones de la casa en busca de un espacio tranquilo donde instalar su rincón de lectura, entró en el despacho del ala sur.

No solía usarse desde que el difunto duque vivía, y Benjamin, a diferencia de su padre, prefería el despacho principal con vistas al jardín. El aire tenía un leve olor a papel viejo y cera de abejas. Todo estaba impecablemente ordenado, como si el tiempo hubiera quedado en pausa.

Curiosa, empezó a abrir cajones. No buscaba nada concreto. Solo tocaba, miraba, reconectaba con una casa que aún no sentía del todo suya.

Fue entonces cuando, entre documentos antiguos y correspondencia sin valor, encontró una carta doblada en cuatro pliegues. No tenía sobre.

Solo el nombre «Prudence» escrito en la parte superior.

La abrió.

Mi duquesa:

Te escribo sin intención de enviarte esto. No sé por qué. Tal vez porque no confío en mis palabras más de lo que confío en mis decisiones.

Han pasado dos semanas desde que te fuiste. No puedo evitar mirar hacia la ventana por la que te vi subir al carruaje. No dijiste mucho, aunque tampoco hacía falta. Me dejaste con más silencio del que puedo manejar.

No sé si hice bien. Tal vez debí detenerte. Tal vez debí abrazarte, pero pensé que alejarte era lo mejor para ti. Y luego… luego me arrepentí. Maldita sea, me arrepentí antes de que el carruaje girara la esquina.

No sé cómo ser tu esposo sin destruir el orden que siempre he mantenido. Y me aterra el desorden que tu ausencia me ha dejado.

Ahí se detenía. La tinta se volvía más tenue. La pluma había sido soltada sin despedida.

Prudence se quedó en silencio largo rato. No lloró. No sonrió. Solo sintió, como si la carta fuera una mano invisible acariciándole el corazón.

Lo había intentado.

Había querido decirle lo que no supo decir en voz alta.

Cuando Benjamin entró en la habitación minutos después, ella seguía allí. Con la carta entre las manos. El duque se detuvo en seco.

—La has encontrado, no sabía que la dejé aquí —dijo simplemente.

—No la enviaste.

—No tuve el valor. O el juicio. O la humildad. Tal vez las tres juntas.

Ella se giró hacia él, con la carta aún en los dedos.

—Me habría bastado esta carta para regresar.

Él asintió. No discutió. Solo avanzó, con pasos lentos.

—Aun así, estás aquí.

—Sí.

—Y no pienso dejar que vuelvas a alejarte —dijo él.

—Entonces tampoco dejes de escribirme, aunque me lo digas todo en voz alta, déjalo también por escrito alguna que otra vez, porque eres bueno con las palabras.

Benjamin la abrazó, sin urgencia. Con gratitud. Y por primera vez, entendieron que el amor no siempre empezaba con fuego. A veces, arrancaba con papel arrugado y tinta a medias.

***

El evento fue organizado por los Beaufort, en su residencia de Grosvenor Square, como broche de oro de una temporada social que olía a renovación y escándalos silenciados. El salón estaba atestado de coroneles retirados, condesas viudas, poetas borrachos y herederas inquietas. La música flotaba como perfume caro entre los ventanales abiertos.

La aparición de la duquesa de Rutland causó un efecto inmediato. No era su vestido de satén azul oscuro ni el broche de diamantes que había heredado de su madre lo que giró cabezas; fue su porte. Su seguridad. Esa forma de caminar con la cabeza alta, como si cada paso pusiera en orden el mundo.

Benjamin llegó más tarde debido a un asunto de negocios. Entró solo. Llevaba el cuello

impecable, el gesto neutro, pero su mirada barrió la sala con determinación. Aún no la había visto.

La señora Hemsley sí lo había visto a él.

—Es un… placer volver a coincidir, Su Gracia —dijo la viuda, acercándose con una copa en mano.

Benjamin le hizo una leve inclinación de cabeza. Llevaba días sin verla, desde que se había alejado definitivamente tras la mascarada.

—Señora Hemsley.

—Veo que su esposa ha regresado —dijo con una sonrisa suave—. Aunque, por lo que se comenta, fue más ella quien se hizo notar, que usted quien fue a buscarla.

Benjamin tensó ligeramente la mandíbula. Su respuesta fue una sola palabra:

—Basta.

Pero la viuda no retrocedió.

—No soy su enemiga, Benjamin. Sólo lamento que quien lo haya conquistado no sepa cuidarlo. Le harán daño.

—Le agradecería que dejara de hablar como si mi matrimonio no fuera asunto mío.

—Y yo esperaría que la duquesa tuviera más… contención en público.

—Ella no está haciendo nada inapropiado —replicó él, mirando hacia el centro del salón.

Y entonces la vio.

Y sintió que algo se le deslizaba dentro del pecho como un aguijón lento. Celos…

Prudence estaba bailando.

Con Tristan Lennox, vizconde Trelling. Un hombre que había cortejado a muchas mujeres, en especial disfrutaba de las casadas porque no quería pasar por la vicaría todavía. Guapo, encantador, un tanto vanidoso. Pero lo peor: no dejaba de tocarla. Su mano sobre su cintura parecía estar dándole una caricia. Y Prudence... sonreía.

No reía. No coqueteaba como una debutante. Aunque su sonrisa era suficiente para hacer que Benjamin sintiera el calor del enfado trepándole por la garganta. Nunca se consideró posesivo, pero vaya que sí que lo era, pues lo estaba descubriendo y no era una revelación nada agradable.

La música seguía. Los murmullos crecían. Y él no se movía.

Hasta que ella lo vio.

Prudence giró con gracia y, durante un paso elegante, su mirada se encontró con la suya. No vaciló. No se sonrojó. Solo sostuvo la mirada de su marido. Como una reina. Como una esposa que sabía que había sido vista divirtiéndose con otro y aun así no bajaba los ojos. Y en verdad no tenía de qué esconderse, no estaba haciendo nada malo.

La música cesó.

Benjamin avanzó hacia la pareja. Cuando llegó al borde del salón, el vizconde le dirigió una sonrisa altiva al duque.

—Su Gracia —lo saludó conforme marcaba la ocasión—. Qué fortuna tener a su esposa de regreso en sociedad. Aunque… uno no debería permitir que una joya tan valiosa permanezca sin escolta.

Benjamin clavó los ojos en él. No le sonrió.

—Uno tampoco debería olvidar que algunas joyas saben cuándo defenderse solas. Mi duquesa —enfatizó la posesividad— sabe cómo hacerlo.

Prudence puso una mano sobre el brazo de su acompañante, amable pero firme.

—Gracias, vizconde. Ha sido un placer.

Tristan se inclinó con afectación y desapareció entre la multitud.

Ella y Benjamin quedaron frente a frente. Nadie hablaba. Nadie se acercaba. Era un duelo silencioso.

—¿Disfrutas provocándome? —dijo él, con voz grave, contenida.

—¿Estás molesto porque otro hombre ha sido amable conmigo? —respondió ella, sin mover un músculo.

—Estoy molesto porque ese hombre te ha tocado como si tuviera derecho a hacerlo. Y tú se lo has permitido.

Ella suspiró. ¡Hombres! No iba a detenerse a explicarle que solo había disfrutado de un inocente y respetable baile con un dandi, optó por pasar a la ofensiva.

—¿Y tú? —replicó, sin bajar la voz—. ¿No permitiste que una viuda te acompañara a cada salón de Londres durante mi ausencia? ¿No te codeaste con ella mientras yo me deshacía sola en el campo?

Benjamin inspiró, hondo.

—No la toqué. Nunca. Tú lo sabes.

—Y tú sabes que jamás permitiría que otro hombre cruzara una línea indebida.

—Entonces, ¿por qué has tenido que elegir al más sinvergüenza para bailar con él esta noche, mientras yo no estaba?

Ella lo miró a los ojos y con toda la serenidad del mundo le dijo:

—Tal vez, tu duquesa necesitaba confirmar si te importa.

La confesión cayó como una moneda sobre mármol.

—Prudence…

—Yo también tengo celos, Benjamin. Yo también te miré, noche tras noche, en mis recuerdos, temiendo que otra mujer se metiese en tu cama. No eres la única víctima de nuestras circunstancias. Yo también he sufrido por ti.

Él bajó la cabeza un instante. Su voz salió más baja, más ronca:

—Me importas más de lo que sé manejar.

—Entonces demuéstralo, pero no me exijas que sea invisible para que nadie más se fije en mí. No voy a esconderme. Ten más fe en tu duquesa. Jamás te pondré en ridículo.

Benjamin la miró. Largamente. Luego cabeceó y extendió la mano.

—¿Bailas conmigo?

Ella dudó.

—¿Esta noche vas a reclamarme como tu esposa ante todos?

—No —dijo él, bajando un tono—. Esta noche voy a hacer que todos vean que yo soy el afortunado por haberte conquistado.

Prudence aceptó su mano. Y cuando caminaron al centro del salón, el silencio fue total.

Porque esa vez, la pareja de los duques de Rutland no bailaría como un par de extraños.

Lo estaban haciendo como si el fuego que había nacido entre ellos fuera el único idioma necesario para entenderse. Y todo el mundo de la alta sociedad sabía que no había nada más pasado de moda, que el hecho de que un par de esposos estuviesen enamorados y lo demostrasen en público.

Capítulo 10

Habían pasado apenas dos días desde el baile en casa de los Beaufort, pero el nombre de la duquesa de Rutland ya era sinónimo de redención brillante en los salones londinenses. La misma dama a la que se había considerado una vergüenza silenciosa, ahora era tema obligado entre los solteros con títulos y las damas con ambiciones. Sin embargo, lo que Londres celebraba con copas y risas, Prudence lo vivía con una inquietud que no sabía explicar.

Aquella tarde, en la biblioteca privada de la residencia Rutland, Benjamin recibió un paquete inesperado procedente de Hertfordshire.

El sobre que lo envolvía estaba marcado con una letra sobria y conocida: la del reverendo Nathaniel Wentworth, antiguo capellán de la parroquia local y amigo íntimo del difunto conde de Ainsworth.

Lo abrió sin mayores expectativas. Esperaba quizá una nota formal, algún recuerdo menor.

Pero encontró algo más.

Una carta, cuidadosamente protegida entre dos hojas, cerrada con lacre oscuro. Sobre el pliegue, en caligrafía firme y elegante, se leía: *«Para mi hija, Prudence. Solo si algo me sucediese».*

Benjamin sostuvo el sobre un largo rato, dudando. Luego pidió que llamaran a su duquesa.

Prudence entró poco después. Llevaba un vestido de mañana sencillo, el cabello recogido con descuido. Al ver su rostro grave, frunció el ceño.

—¿Ha pasado algo?

Él le tendió lo recién recibido sin rodeos.

—La envía el reverendo Wentworth. Dice que la encontró entre los papeles de tu padre. Está sellada. Dirigida a ti.

Prudence lo cogió con las manos temblorosas. El lacre parecía pesarle más que el plomo. Rompió el sello y desplegó el papel. Sus ojos comenzaron a recorrer las líneas, primero con avidez, luego con lentitud. Sus labios susurraban fragmentos.

Benjamin esperó. Callado. Inmóvil. Como si el silencio fuera su única forma de acompañarla.

Cuando ella terminó, la carta descansaba sobre su regazo como una hoja caída de un árbol muy antiguo.

—¿Qué dice? —preguntó él, al fin.

—Dice… —ella tragó saliva— que cuando tenía diecinueve años, hubo un intento para que me prometiese con un hombre.

Él se enderezó.

—¿Qué?

—Un acuerdo no oficial, pero un tanto peculiar. El conde de Duncaster, viudo, con más títulos que afecto. Mi padre lo rechazó, pero el intento existió. Parece que el hombre se encaprichó de mí. Y no me lo dijo. Ni mi madre tampoco. Sostiene que si me viese apurada podrían tratar de forzarme para que me casase con lord Duncaster y que en ese caso debería acudir a Rutland porque su amigo no lo permitiría.

Benjamin se acercó con cautela.

—¿Y por eso pidió a mi padre que fuera tu tutor? ¿Porque no quería dejarte atada a ese conde?

—Porque confiaba en su amigo, en tu padre —precisó—. Porque sabía que jamás permitiría que nadie me usara como moneda de cambio.

—¿Y yo?

—¿Tú, qué?

—¿Crees que también te he usado?

Ella levantó la mirada. Había dolor, sí, pero también claridad.

—No, pero ahora lo veo todo con otros ojos. Toda mi vida ha estado tejida por decisiones que otros tomaron por mí. Supongo que no es nada nuevo, un hombre poderoso sentencia y la mujer obedece.

Él asintió lentamente.

—Así es la sociedad. Y yo fui parte de eso. Aunque no lo supiera entonces.

Ella se puso en pie, comenzó a caminar por la biblioteca.

—Me casé sin conocerte. Me alejaste. Regresé. Y ahora… aparece otro secreto. ¿Cómo puedo estar segura de que no seguiré siendo una pieza en un tablero que no controlo?

Benjamin no respondió de inmediato. Luego dijo:

—Porque ya no lo eres. Porque ahora decides tú.

Ella lo miró con recelo.

—¿De verdad?

—De verdad, Prudence. Si quieres dejarlo todo… Si quieres marcharte, no te detendré. Pero si te quedas, que sea porque tú lo eliges. No por una carta, ni por mi apellido, ni por el deseo de un padre muerto.

Ella lo observó largo rato. Luego bajó la vista hacia la carta.

—Él creía que tu padre podría protegerme y si no cambió sus últimas voluntades cuando el anterior duque falleció, tiene que ser porque estaba convencido de que tú también podrías cuidar de mí.

—¿Y tú qué crees?

—Que me posees, sí, pero no como lo temía. Me posees como el fuego a la vela, como el agua a la sed. Me das forma, pero también me consumes. Eres parte de mí.

Benjamin se le acercó.

—¿Eso es una queja?

—Es una realidad.

—¿Y tú? —preguntó él, con voz baja—. ¿Sabes cuánto te pertenezco yo a ti?

Ella sonrió, levemente.

—Sí. Lo sé, pero necesito que lo recordemos, tú y yo, cada día. Que lo construyamos desde cero. Que me veas como a tu igual.

—Entonces elijámonos —dijo él, tendiéndole la mano.

Ella la aceptó. No como un gesto simbólico, sino como una nueva alianza.

—Pero sin secretos —añadió.

—Sin secretos —confirmó Benjamin.

—Ni viejos fantasmas.

—Solo nosotros.

Y permanecieron así, unidos por las manos, con la carta aún abierta que se quedó sobre la mesa como el último vestigio de una historia que ya no los definiría.

***

Aquella mañana había comenzado en calma. La ciudad despertaba entre rumores de bailes futuros y discretas columnas de cotilleo. Prudence,

ataviada con un vestido de mañana de color blanco con ramitas verdes de fondo, leía en un diván de terciopelo en su salita privada, mientras Benjamin, más temprano que de costumbre, revisaba los libros de cuentas en su estudio.

La entrada repentina de la doncella cortó el ritmo de la lectura.

—Su Gracia —dijo, con un tono entre cortés y tenso—, hay un caballero en el zaguán. Se ha identificado como el conde de Duncaster. Ha solicitado hablar con usted, si es posible.

Prudence alzó la vista. Sintió cómo se le erizaba la nuca. Benjamin apareció en el umbral del salón poco después, con una expresión adusta, como si hubiese sabido algo.

—¿Sabes que tenemos visita?

—Sí. —Ella se incorporó con suavidad—. ¿Quieres que lo reciba a solas?

—No —respondió él enseguida—. Si ese hombre aparece después de tantos años, quiero estar presente.

El conde de Duncaster entró como un recuerdo de un mundo anterior. Alto, delgado, con el cabello canoso perfectamente peinado hacia atrás, llevaba un abrigo negro de corte militar y bastón de empuñadura de plata, aunque apenas lo usaba. Conservaba aún un atractivo envejecido, el tipo de

encanto que había roto corazones en su juventud… y tal vez también reputaciones.

—Mi estimada duquesa —dijo, inclinándose con un respeto teatral—. Qué dicha volver a verla… aunque lo diga desde el arrepentimiento.

—Milord —respondió Prudence, con fría cortesía—. Ha pasado mucho tiempo. —Al fin se acordaba de él. Era un hombre que en su primera juventud solo hizo que devorarla con la mirada.

—Demasiado. Lamento que mis pasos no hayan sido más rápidos en años pasados.

Benjamin no se molestó en ocultar su incomodidad.

—¿A qué debemos su inesperada visita? —Si ese maldito conde no medía sus palabras, iba a presentarle a su puño bien cerrado.

El conde le dirigió una mirada cargada de significado.

—Su Gracia, vine simplemente a advertirles. No con ánimo de importunar, sino porque hay quienes aún tienen interés en la historia de su esposa… y de su herencia.

—¿Mi historia, milord? —preguntó Prudence.

—La joven que fue, Su Gracia. Antes de convertirse en duquesa. En especial, la decisión de su difunto padre de romper un acuerdo tácito entre nuestras familias.

Benjamin cruzó los brazos.

—¿Habla de su intento de compromiso con mi duquesa años atrás?

—Exactamente —asintió el conde—. Un asunto nunca formalizado, pero sí lo bastante comentado como para alimentar rumores si alguien tuviera la intención de agitar el pasado. Además, en ese caso, yo me ofrecí a pagar una suma sustancial por la dama y hay quien puede haberse enterado de ese hecho, aunque no por mí —alegó de inmediato cuando divisó la mirada de un colérico duque.

Prudence mantuvo la barbilla alta. Así que ese conde pretendió comprarla como si fuese una vaca y su padre declinó la oferta.

—¿Quién querría agitar eso? —inquirió ella.

—Edward Collingworth, por ejemplo. Un joven ambicioso que ha heredado más deudas que tierras. Él y otros miembros de su familia creen que la posición de Su Gracia como única heredera de la fortuna no ligada al título de Ainsworth es… suculenta, aunque sea todo ahora, legalmente, de su esposo. Ha regresado usted con esplendor a los salones de Londres… por lo tanto es usted un objetivo tentador para chantajear y que nada salga a

la luz. Lamento ponerla en esta tesitura, pero los rumores llegaron a mis oídos y me vi en la obligación de ponerla sobre aviso.

Ella se estremeció. Lo peor que había en esos tiempos en los que le había tocado vivir, eran los chismes maliciosos que podrían ensombrecer su honestidad y honradez como duquesa de Rutland. Prudence odiaría traer a casa de su esposo la vergüenza de haber sido deseada hasta el punto de que un hombre rico quisiera compararla. Podrían pensar que ella alentó dicha atención en su momento.

Benjamin dio un paso hacia adelante, sin perder la compostura.

—¿Y qué desea usted, conde? No creo que dé ese paso por la pura bondad de su corazón.

—Nada, Su Gracia. Solo vine a cumplir una vieja deuda. Pese a que no llegamos a convertirnos en nada, tuve aprecio genuino por su esposa. En otro tiempo… habría hecho más por conseguir la mano de una dama como su esposa. Supongo que cuando un hombre está en el ocaso de su vida, siente la necesidad de hacer algo bueno. Hoy solo me queda intentar protegerla de la sombra de los viejos errores que cometí.

—Protegida ya está —dijo Benjamin con firmeza—. No necesita caballeros andantes.

—Ni hombres que crean que una vez pudieron comprarme como si fuese un mueble —

añadió Prudence, serena, aunque tajante.

El conde sonrió, con cierta melancolía. ¡Qué mujer! La vio solo una vez y supo que sería puro fuego. Trató de tenerla, pero el padre de la dama no se lo consintió y desistió porque encontró una nueva… presa. Tal vez no debió haber echado tan pronto la esperanza de poseerla al viento.

—Una mujer admirable, sin duda. En ese caso, no quisiera molestarles más. Solo quería advertirles. Y desearles suerte. Aunque tal vez no la necesiten si los Collingworth acaban por comprender que serían unos necios si se enfrentasen a un duque. —Y con eso el conde se marchó.

Cuando la puerta se cerró tras él, Benjamin respiró hondo.

—¿Estás bien?

—Estoy furiosa —dijo ella—. ¿Por qué tengo que ser responsable de los actos de los demás cuando yo no los alenté a hacer nada? Me indigna, no tanto lo que ha dicho, sino por el hecho de que haya venido a decírmelo como si en verdad estuviese salvándome de la ruina.

Benjamin la miró con una mezcla de ternura y respeto.

—No estás arruinada. Tu reputación es fuerte. Eres mi duquesa —advirtió con seguridad.

—¿Y si los Collingworth hacen ruido?

—Haremos más ruido aún. Pero juntos. No se atreverán a enfadarme, te lo aseguro.

—¿Entonces por qué se ha presentado el conde ante nosotros hoy?

—Pienso que sentía curiosidad por verte una última vez. De ahí que me haya mostrado comprensivo y no le haya dado su merecido por mirarte más de lo debidamente apropiado.

Ella le sonrió apenas. Luego, añadió:

—Te prometo una cosa. Si intentan manchar mi nombre, yo misma iré a sus salones y me encargaré de que me teman más de lo que puedan difamarme.

Él alzó una ceja.

—¿Teman?

—Eso es.

—¿Querrías ser más fiera que tu amante esposo, mi duquesa?

—Eso es —repitió con severidad.

—Y lo harás —expuso con satisfacción—. No hay arma más temible que una mujer segura de sí

misma en una sala llena de hombres que creen conocerla.

—Me defenderé.

Benjamin se acercó y le besó la mano.

—Entonces, adelante, mi amor. Declara la guerra. Yo estaré detrás… o a tu lado.

—Jamás detrás —dijo ella—. Siempre a mi lado.

Y con esa promesa tácita, los dos se miraron como quienes sabían que el pasado podía golpear… pero ya no decidir.

Capítulo 11

Dos días después, el cielo de Londres amaneció plomizo. La residencia Rutland había permanecido en un silencio expectante, interrumpido solo por el sonido de pisadas sobre mármol y el crujir ocasional de puertas cerrándose con más fuerza de la necesaria.

Prudence llevaba la mañana entera en el despacho del ala sur, el más viejo de la casa, el que había pertenecido durante años al anterior duque. Pensaba apropiárselo, por lo que estaba haciendo una especie de inventario. Se dio cuenta de que allí alguien había dejado almacenadas cosas de su difunto padre. Tal vez el albacea se las entregó a Benjamin antes de la boda y él olvidase comentárselo. Había correspondencia personal, papeles legales, cartas privadas… y recuerdos que nadie se había atrevido a tocar.

El aire olía a cuero envejecido, a cera, a tinta seca. Estaba sola.

Sobre el escritorio, había una caja de madera oscura. En el centro, una cerradura sin llave. Un compartimento secreto, eso era evidente. Sobre el objeto figuraba el título de su amado y perdido padre.

Prudence se sentó y lo miró de cerca. Pasó los dedos por el borde inferior, tanteando… hasta que lo encontró. Un resorte.

La tapa se abrió con un clic seco.

Dentro, dos cosas: una bolsa de terciopelo —que al abrirla reveló una piedra preciosa engarzada en un broche antiguo—, y un sobre lacrado con el escudo de Ainsworth. No era una carta oficial. Era una misiva personal. El sello estaba intacto.

Su nombre escrito con la caligrafía de su padre:

«Para Prudence. Solo si el pasado vuelve».

Sintió un vuelco en el pecho. ¡Otro secreto más! No llamó a Benjamin. No todavía. Rompió el sello con las manos temblorosas.

Mi querida hija:

Si estás leyendo esto, es que alguien ha desenterrado lo que yo intenté mantener enterrado. Tal vez he muerto sin poder contártelo cara a cara.

Tal vez no fui tan valiente como quise ser. Pero aquí va la verdad: hace años cometí un error. No de amor, ni de pasión, sino de pura necesidad. Acepté dinero de una fuente indebida. Ese alguien es un hombre peligroso que podría ponerte a ti en peligro.

Prudence se llevó una mano a la boca.

—Dios mío…

La puerta se abrió detrás de ella. Benjamin. No la interrumpió al principio. Solo la observó, de pie, con las manos en los bolsillos, esperando.

—¿Qué has encontrado, amor mío?

Ella levantó la vista. No lloraba. No hablaba. Solo extendió la carta hacia él.

Benjamin la aceptó y leyó en silencio. Su mandíbula se tensó. Luego levantó la mirada.

—¿Sabías algo de esto?

—No. ¿Hasta cuándo estaremos desenterrando los secretos de mi familia, Benjamin? Habla de una deuda, algo que tal vez no esté reflejado en ningún registro oficial pero que acabará por alcanzarme, estoy convencida.

—Tu padre lo haría porque no tuvo otra elección.

—Supongo que sí. Te confieso que no sabía que alguna vez estuvimos en apuros financieros.

Benjamin cerró los ojos un instante. Luego dobló la carta y la guardó en su chaqueta.

—Las deudas hay que pagarlas.

—¿Cómo?

—Debo averiguar de lo que se trata, o quizás alguien se ponga en contacto pronto con nosotros para exigir el pago de ese importe que se menciona pero no se estipula. La nota es algo escueta.

—¿Y qué propones exactamente, Benjamín?

—Tratar de buscar al acreedor. Antes de que lo use para ensuciar la memoria de tu padre. Yo me encargaré, pero necesito que confíes en mí.

Prudence asintió.

—Lo haré, pero prométeme algo.

—Dime.

—Que no vas a resolver esto sin mí. Que ya no me dejarás fuera de lo que también me concierne porque parece que mi pasado solo busca ponernos en jaque a los dos.

Benjamin se acercó. No con furia. Con firmeza.

—Te lo prometo. Y no te preocupes. Tus problemas son los míos, amor mío.

Sus dedos se entrelazaron sin ceremonia. Eran dos personas unidas por un apellido, un pasado… y ahora, una nueva amenaza. Al menos los Collingworth no habían aparecido. Con un poco de suerte jamás lo hiciesen, pero un acreedor al que se le debía una suma… eso era otra cosa.

***

Unos días después de aquel nuevo descubrimiento, el duque de Rutland estaba encerrado en su despacho. La estancia olía a cuero, a madera encerada y a café negro recién servido. Benjamin permanecía de pie junto a la chimenea, con los brazos cruzados a la espalda, cuando su administrador anunció a un visitante. No se volvió.

—Hágalo pasar —ordenó con voz tensa.

El señor Ellicott entró. Edward Ellicott, abogado formado en París, hijo de un clérigo retirado proveniente de una familia muy acaudalada, había sido, durante años, el protegido del conde de Ainsworth. Algunos decían que lo consideraba como

el hijo que nunca tuvo. Y, más importante aún, había estado enamorado de Prudence cuando ella era apenas una muchacha que aún jugaba con muñecas de trapo y trataba de comprender las miradas masculinas. ¿Cómo sabía todo eso el duque? Porque había contratado a varios investigadores de Bown Street para averiguar quién podría ser el prestamista. El padre del muchacho estaba considerado con un hombre de Dios, pero sin las cualidades oportunas para ejercer dicho cargo. Era un hombre peligroso, por lo que los investigadores apuntaron en esa dirección a fin de averiguar a quién le debía dinero el padre de su duquesa.

Benjamin se giró al fin. Su porte era impecable. Su expresión, tan serena como peligrosa.

—Señor Ellicott —dijo con hielo en la voz — estoy tratando de dilucidar un asunto delicado sobre el difunto padre de mi duquesa. Permita que sea directo. Usted y yo no somos desconocidos.

Vio que el hombre se cuadraba.

—No, no lo somos, aunque nos hemos movido siempre por diferentes círculos, pese a que el padre de su esposa me quería como a su propio vástago.

—Así es. Hablemos pues del motivo por el que lo he hecho llamar, ¿le parece?

—¿Lo ha averiguado?

—¿Qué hay una deuda impagada? —conjeturó el duque.

—Algo de eso podría haber.

—Y, no obstante, no ha sido hasta ahora cuando ha decidido aparecer y solo lo ha hecho porque yo decidí convocarle. Parece que tiene una deuda muerta en la mano y veo mucha curiosidad viva en sus ojos.

Edward se inclinó levemente.

—Su Gracia. No estoy aquí por dinero. No del todo —confesó el protegido del padre de Prudence.

—¿No? ¿Entonces qué plantea que hagamos?

Ellicott alzó la mirada. Sus ojos eran oscuros, hundidos, como los de un hombre que había estado demasiado tiempo al margen del fuego… y ahora quería entrar en él.

—He regresado de Francia hace unos meses. Al llegar, escuché cosas. Cosas desagradables sobre su matrimonio. Sobre el exilio silencioso de su esposa en la campiña. Sobre… su frialdad. —Benjamin apretó la mandíbula. No habló. El otro caballero continuó—:Y entonces comencé a considerar la posibilidad de que su esposa necesitase una salida. Figúrese la casualidad tan bienaventurada cuando recibí la noticia de que deseaba entrevistarse conmigo.

—¿Se imaginó el motivo de la entrevista?

—Sí. Mi padre me lo contó hace un par de años, cuando supo que yo…

—¿Qué? ¿Usted qué? —lo azuzó el duque.

El caballero negó con la cabeza. No le diría que su enamoramiento de la hija de su protector fue evidente y que su propio padre le ofreció la opción de usar el préstamo como una opción para quedarse con un suculento premio. Con la dama.

—No fui yo quien dio o aceptó ese dinero. Aunque esa deuda me dio una excusa para presentarme. Para… ver cómo estaba ella. —Hizo una pausa. Respiró hondo—. A usted no le interesa esto, pero lo diré igual: yo la amo. Desde que tenía diecisiete años. Nunca se lo confesé. No me vi digno de una mujer así y callé. El conde lo sabía. Me ofreció un puesto cuando mi padre le prestó una fuerte cantidad de dinero porque pasaban por momentos… difíciles, por decirlo de una manera. Mi familia tenía fortuna, pero no un título y mi padre consideró que un conde podría abrirme las puertas de la sociedad.

Benjamin caminó hasta su escritorio y se apoyó sobre la mesa, cruzó los tobillos y los brazos, como si le pesara el cuerpo..

—¿Y esa deuda era un seguro que usted pensaba cobrarse en algún momento? —inquirió el duque.

—No querría ganarla de esa forma. Me prometí ser paciente, porque su duquesa… —Vaciló un poco, pero luego se irguió—: Cuando ella me besó por primera vez —prosiguió Ellicott—, fue porque pensó que podría amarme, estoy seguro. Fue un beso de despedida porque me marchaba a Francia, pero me envenenó la vida. Nunca fui capaz de olvidarla. Y no fui lo bastante valiente para luchar por ella cuando el deber la puso en sus manos, Su Gracia. Pero ahora que estoy aquí, no sé si podré quedarme callado y de brazos cruzados sabiendo que ella es infeliz.

Benjamin alzó los ojos.

—¿Y usted cree que podría ser feliz a su lado?

—No lo sé. Ya no importa. No he venido a apropiarme de lo que no me pertenece. No le haría tal deshonor a la dama.

—¿Entonces?

—Usted me citó y decidí venir a protegerla. Aunque sea ya tarde.

El silencio se alargó.

Benjamin descruzó los brazos y avanzó con paso lento. Su voz salió grave, contenida:

—¿Así que… la besó?

—Sí.

—Ella debía ser joven —conjeturó, tras escuchar la historia del muchacho que tendría solo un par de años más que su esposa.

—Lo era.

Benjamin se detuvo frente a él. Más alto. Más imponente.

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—¿La tocaría otra vez si ella se lo pidiera?

Ellicott tragó saliva.

—No lo haría. No por temor, sino por respeto. Ella es su esposa y no la ofendería de ese modo, ya se lo he dicho.

—¿Y la ama?

—Sí, también se lo confesé antes.

Benjamin no se inmutó. Solo asintió. Una vez.

—No sé la cuantía a la que ascendía la deuda del padre de mi esposa, pero verá que he sido más que generoso. —Le tendió un pagaré que valía una fortuna.

—Yo no se lo he reclamado. El dinero no es lo que me importa.

—Sí, ya sé lo que le importa, me lo ha dejado muy claro. Dinero es todo lo que va a obtener.

—El padre de lady Prudence no debió haberla puesto a su cargo.

—Pero así es como ha sucedido. Y debo recordarle que ella ya no es lady Prudence, es la duquesa de Rutland, mi mujer.

—Sí, bueno… Yo la habría podido hacerla fe…

—No necesito discutir con hombres derrotados —lo cortó con su fría arrogancia.

Ellicott frunció el ceño.

—¿Eso cree que soy?

—Mi duquesa me ama, tiene mi palabra de honor y si osa ponerla en duda, más le valdrá ser un buen tirador, porque lo retaré a duelo si es necesario. Ahora coja el dinero y márchese. No se le ocurra mancillar la memoria del padre de mi duquesa. La deuda ha sido pagada con creces.

Edward Ellicott bajó la mirada. Asintió y se dispuso a marcharse del despacho. Cuando Ellicott llegó a la puerta, Benjamin habló de nuevo:

—Una advertencia, señor Ellicott. No se le ocurra importunar a mi duquesa jamás.

—¿Es una amenaza?

—Es una recomendación que yo, si fuese usted, cumpliría. Me pertenece y me tiene para velar por sus intereses, por su felicidad —precisó— hasta el fin de sus días, ¿queda claro?

Ellicott asintió, al duque le pareció que se marchaba en paz tras haber escuchado dicha aseveración.

Benjamin se quedó solo. El corazón le latía como un tambor antiguo. ¿El pasado había vuelto con rostro de rival? Posiblemente, pero no se había quebrado. Y ahora… solo quedaba mirar al frente.

A Prudence.

A la verdad.

A todo lo que aún debía decirle.

¿Había amado al pupilo de su padre? ¿Estaba enamorada de él cuando el duque le dijo que se casarían?

No le gustaba sentir la inseguridad que se cernía sobre él.

¡Qué gran embrollo!

Capítulo 12

Dos días después de aquel tenso enfrentamiento que protagonizó el duque, el sol entraba tímido por las altas ventanas del salón amarillo. Prudence estaba sola, sentada ante el pequeño escritorio de caoba que daba al jardín interior. Había mandado traer sus papeles para la correspondencia y se dedicaba a revisar cartas atrasadas de modo tranquilo. Tenía el cabello recogido en una trenza baja y había una taza de té ya frío a su lado. Una bandeja de plata con el correo reciente descansaba frente a ella.

Cogió un sobre sin remite. Ni escudo. Ni sello oficial. El papel era caro, francés, perfumado con una fragancia que ella reconoció al instante.

Jazmín y bergamota.

La misma fragancia que había percibido en la mascarada. La misma que envolvía a la señora Hemsley como un manto invisible de vanidad.

Prudence entrecerró los ojos. Abrió la carta con cuidado. La caligrafía era inclinada, precisa, deliberadamente femenina.

A la duquesa de Rutland:

Debe de ser una tarea ardua reconstruir lo que nunca estuvo entero. Imagino su regreso como un acto de admirable valentía, aunque un poco tardío. El corazón de un hombre no espera para siempre, y menos si ha conocido ya el calor de otras compañías durante ocho meses. Algunos vínculos, incluso los no reconocidos, pesan más que los anillos. Usted sabe de lo que hablo.

En cualquier caso, le deseo lo mejor en su empeño. Algunas mujeres luchan con la palabra, otras con la presencia. Pero la más sabia es aquella que conoce cuándo retirarse con gracia.

Le saluda, una mujer que también ha sabido perder con dignidad.

Prudence bajó la carta lentamente. No estaba firmado, pero tampoco hacía falta que lo estuviese. Sintió una oleada de hielo bajo la piel. La insultaba sin nombrarla. La humillaba sin ensuciarse las manos. Y dejaba caer, con sutileza, que Benjamin había tenido más que una conversación con ella.

Se puso de pie. Dejó la carta sobre la mesa. Caminó hasta la ventana y cerró los ojos. Sintió que algo dentro de ella se retorcía: no celos —no exactamente—, sino la punzada de la incertidumbre. Porque ella sabía que Benjamin no era

un libertino, que no se entregaba con facilidad, pero también sabía que el silencio de los hombres nobles podía esconder demasiadas sombras.

Y Benjamin nunca le había contado lo que realmente ocurrió con la viuda Hemsley.

Volvió al escritorio. Releyó la misiva con más calma. Cada frase era una daga afilada y bien dirigida. No rompería esa carta. No quemaría el papel ni derramaría una lágrima por él.

Iba a confrontar a su esposo.

Pero no con rabia. No haciendo un escándalo. Iba a hacerlo con la misma elegancia con la que aquella víbora le había escrito.

Una sonrisa amarga se dibujó en su rostro. Cogió una hoja nueva, mojó la pluma y empezó a escribir una nota para que el mayordomo se la diese a su marido.

«Su Gracia, ¿será tan amable de pasar por el salón amarillo antes del almuerzo? Hay algo que deseo compartir con usted personalmente.»

Le pareció oportuno usar la extrema formalidad en la misiva. Luego, se acomodó el vestido. Enderezó los hombros. Y se prometió una cosa:

Si Benjamin no le decía la verdad… no habría compasión.

***

Prudence acababa de sellar la nota para el mayordomo cuando escuchó los pasos en la galería. Pasos decididos. Tacones firmes. El murmullo de una criada y la negativa tajante de una mujer:

—He dicho que puede anunciarme después, pero entraré igual.

La duquesa de Rutland alzó la vista justo cuando la señora Hemsley cruzaba el umbral del salón como una actriz perfectamente consciente de su público. Vestía de azul profundo, con una capa corta de seda y guantes del mismo tono. En el sombrero, un adorno de plumas discretas. Iba sin escolta. Como si no necesitara más defensa que su sonrisa.

—Duquesa… —saludó, con una inclinación de cabeza impecable—. Qué encantador es este salón.

Prudence permaneció en pie, con la espalda recta y con la carta que le pensaba hacerle llegar al duque aún en la mano.

—Discúlpeme, pero no acostumbro a recibir en mi casa a personas que no han sido invitadas.

—Oh, pero pensé que entre mujeres civilizadas no hacían falta las invitaciones. Tenemos mucho en común, usted y yo —replicó la viuda, avanzando sin permiso hasta sentarse en una de las butacas.

Prudence no se movió. No sonrió.

—¿Viene a entregarme algo que ha olvidado firmar? —señaló en alusión a la carta.

La señora Hemsley levantó una ceja.

—No sé a qué se refiere, querida —expuso con una sonrisa que dejaba claro que estaba mintiendo—. Aunque es cierto que hay palabras que, cuando se escriben con sinceridad, no necesitan firma.

—¿Sinceridad? Curioso. Yo diría que lo que he leído de su puño y letra fue una combinación muy ensayada de perfidia y vanidad.

La viuda fingió sorpresa, pero sus ojos brillaban con una satisfacción apenas contenida.

—Oh, Prudence —dijo, con voz melosa, permitiéndose tratarla con familiaridad—. ¿De verdad crees que deberíamos convertir esto en una vulgar disputa?

—No hay nada vulgar en defender lo que me pertenece —contestó la duquesa, avanzando hasta quedar de pie frente a ella.

—¿Y qué es exactamente lo que te pertenece? —preguntó Hemsley, bajando la voz—. ¿Su título? ¿Su nombre? ¿O su cuerpo, ese que no tocaste durante ocho largos meses?

Ah. Un golpe seco. Directo. Prudence parpadeó, pero no retrocedió.

—Yo no necesito medir mi influencia por el tiempo que paso en una cama —dijo con voz firme —. Lo hago por la verdad que construyo con mi esposo. ¿Puede usted decir lo mismo? —Ella no la trataría con cercanía.

La viuda se recostó ligeramente, divertida.

—¿Verdad? ¿Eso es lo que crees que él te ofrece? ¡Qué dulcemente ingenua! Si no lo hubieses atrapado con ese decreto de tu padre llamado testamento, él hubiese sido mío con suma facilidad. Yo he conocido su silencio más tiempo que tú su compañía y sé cómo se guarda lo que no quiere decir.

—Y yo sé cuándo un hombre mira a una mujer sin desearla —respondió Prudence—. En la mascarada por ejemplo, cuando usted trató de acaparar su atención, Benjamin solo pensaba en mí. No hace falta que lo diga, porque usted ya sabe que ha perdido ante mí.

Los labios de la viuda se apretaron un segundo. Luego, se levantó despacio. Se sacudió la falda como si fuese una ceremonia.

—¿Sabes, Prudence? He conocido a muchas mujeres como tú. Las que regresan con la intención de reclamar lo que nunca supieron conservar.

—Y yo he conocido a muchas como usted. Las que confunden deseo con poder, y coqueteo con conquista. De todas ellas… ninguna ha ganado jamás.

La señora Hemsley cruzó el salón hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo.

—Que tengas suerte. La necesitarás. Benjamin es un hombre de deber, pero no de pasiones duraderas, estoy segura de lo que digo.

Prudence la miró a los ojos.

—Pues esta vez, el deber y la pasión van de la mano. Y no pienso ceder ninguno.

La viuda se marchó sin una palabra más.

Prudence permaneció de pie, con el corazón latiéndole con fuerza, la sangre ardiendo de rabia y celos a flor de piel. Miró maliciosa carta de la viuda que descansaba sobre la mesa. Se acercó a ella y luego la arrugó entre los dedos. No la quemaría.

No aún.

Benjamin debía verla. Y debía saber que si volvía a cruzar esa línea, no la tendría de regreso

jamás.

Capítulo 13

Un poco después del anochecer, la acción comenzaba a gestarse. La lámpara de aceite lanzaba una luz cálida y baja sobre el escritorio cubierto de papeles. Benjamin acababa de terminar de revisar unos documentos cuando oyó pasos decididos. No fue el mayordomo. Ni un criado. Era ella. Lo supo por el ritmo.

Prudence.

Entró sin llamar.

Vestía de verde oscuro. El cabello, recogido con sencillez, la mirada, afilada como una daga. En su mano, un papel arrugado. Oh, sí, la duquesa no llegó a convocarlo, se tomó su tiempo para tratar de calmarse y luego fue decidida a enfrentarlo.

Benjamin alzó la vista y supo de inmediato que había ocurrido algo.

—¿Puedo pasar? —preguntó, aunque ya lo había hecho.

—Siempre puedes —respondió él, cerrando el libro contable sin mirar lo que hacía dado que su mujer tenía toda su atención—. ¿Qué ocurre?

Prudence cruzó la habitación y dejó caer la carta sobre el escritorio, como una prueba en un juicio.

—¿Vas a decirme que no pensaste en las consecuencias de tus actos? Tengo entendido que eres un duque inteligente.

Benjamin frunció el ceño. Cogió la hoja arrugada y leyó las primeras líneas. El olor lo golpeó antes que las palabras: jazmín y bergamota.

—La señora Hemsley… —murmuró.

—Muy bien. No lo niegas.

—No puedo negar lo que apesta a su perfume —soltó él, lanzando, desde su posición, la carta hecha una pequeña bola al fuego de la chimenea, donde se retorció como una víbora consumida.

Prudence no pestañeó.

—No has negado su contenido, pues.

—¿Y qué parte de ese veneno te ha dolido más? —preguntó él, de pie ahora—. ¿La insinuación de que compartimos lecho o la burla de que no lo hicimos tú y yo durante ocho meses?

Prudence retrocedió un paso.

—¡Te estabas riendo de mí mientras me mantenías en el exilio!

—¿Te parece que me he reído? —preguntó él, acercándose lentamente—. ¿Después de todo lo que ha pasado entre nosotros? ¿Después de haberte tenido bajo mis manos, temblando, pidiéndome más, y ahora vienes a preguntarme si compartí la cama con una viuda que no me interesa?

—¡No te interesará ahora, pero bien que pusiste tu tiempo a su servicio. ¿Esperabas que no me enterara de los rumores? ¿Creías que no llegarían al campo?

—¡No te atrevas a acusarme! —rugió él, golpeando la mesa con una mano abierta—. Tuve una amante antes de casarme, fue antes de ti. Es el único pecado que se me podría atribuir, y ni tan siquiera era la esposa de un querido amigo mío. ¡Y nunca se trató de amor! Ni de pasión. Se trató de lo que hacen los hombres que no esperan tener nada mejor.

—¿Y yo soy «algo mejor»? ¿Esa es la base de nuestro matrimonio? —dijo ella, hiriente.

—Eres todo lo que me ha hecho cuestionarme mi existencia. ¡Maldita sea, Prudence!

¿Cómo no lo ves? —Benjamin se pasó la mano por el pelo, respirando hondo—. No te deseo como una distracción. Te deseo de un modo que cualquier día me prenderé fuego. Y eso me enloquece. Te he dicho que te amo, ¿qué más quieres de mí?

—Pues a mí también me enloquece saber que esa mujer estuvo hoy en mi casa, en mi salón, hablándome como si supiera cosas que yo ignoro. Como si tú le hubieras dado permiso a que esparza su veneno sobre mí.

—¿Estuvo aquí? —preguntó él, endureciendo el gesto.

—Sí. Justo después de que llegara su carta. Todo perfectamente planeado.

—Si lo hubiera sabido, no habría permitido que se acercara a ti. Ella no es nadie para mí.

—¿Quién era tu amante antes de que yo llegase?

—Nadie que deba ser mencionado. Olvidarás ese asunto ahora mismo. Nada me ataba a ti antes de que decidiese casarme contigo. ¿Está claro?

Hubo un silencio. Pesado.

Prudence asintió.

—No quiero ser la mujer que duda de su esposo.

Benjamin la miró. Luego, murmuró con voz grave:

—¿Y yo? ¿Tengo derecho a dudar de mi mujer?

Ella frunció el ceño, desconcertada.

—¿Qué estás diciendo?

—Que aún no me has hablado de Ellicott —dijo él. Directo. Sin adornos.

Ella se tensó. El protegido de su padre. Un antiguo amor de su juventud que no llegó a ser nada.

—¿Qué quieres saber?

—¿Te besó?

Prudence tragó saliva.

—Sí.

—¿Lo amaste?

—Pensé que sí —reconoció la duquesa.

—¿Lo amas ahora?

—¿Cómo te atreves a hacerme esa pregunta?

—Respóndeme de todas formas.

—No, no lo amo —dijo con los dientes apretados.

—¿Sabías que él estaba enamorado de ti?

—Lo sospechaba.

Benjamin asintió con rabia.

—¿A cuántos hombres has besado, Prudence?

—¿Me preguntas eso después de prohibirme hablar de tu antigua amante? —Estaba asombrada con su hipocresía.

—Las cosas son diferentes para hombres y mujeres, ya deberías saberlo, esposa.

Ella se rio sin humor.

—¡Y tú la entretenías, compartías tus noches con una mujer que ahora se atreve a humillarme!

El duque se quedó sin alegaciones. El silencio los abofeteó.

Benjamin la miró durante un buen rato. Su voz bajó, pero fue más peligrosa así:

—¿Le habrías dado una oportunidad a él si yo no hubiera intervenido? ¿Si no hubiese forzado tu mano por el testamento de tu padre?

Ella tardó en responder.

—Tal vez antes.

—¿Antes de qué? —la presionó.

—Antes de saber lo que tú y yo podríamos tener.

Él dio un paso hacia ella. Luego otro. Ya no había furia. Solo dolor.

—¿Y qué pasa conmigo ahora?

—Todavía me duelen los rumores, Benjamin. Estuviste correteando con una viuda que no escondió su deseo por ti mientras yo me recuperaba de todo el dolor en el campo.

—¿Alguna vez vas a superar eso?

—Quiero hacerlo.

Benjamin se detuvo frente a ella. Sus dedos rozaron su barbilla, la obligaron a levantar el rostro porque ella mantenía la miraba baja.

—¿Tan poca fe tienes en la fidelidad de tu esposo, de un duque al que siempre le ha motivado el honor, esposa?

La duquesa lo miró a los ojos. Azul contra gris, discutían una evidencia del pasado contra presente.

—Ella es…

—No. No hay nadie. Ninguna es como tú.

Y entonces él la besó. Sin ternura. Sin poesía. Fue un beso amargo, doloroso, nacido del veneno, de los celos, del orgullo herido. Y ella respondió con rabia, con hambre, con la necesidad de que el dolor se transformara en algo que pudiera comprender.

Cuando se separaron, ambos estaban temblando. Benjamin bajó la cabeza contra su frente.

—No soy bueno en esto de exponerme. Un duque no demuestra sus sentimientos y contigo trato de hacerlo a todas horas.

—Lo sé —susurró ella.

—Pero no quiero perderte —dijo él, con la voz rota.

—Entonces no me hagas pelear sola por nosotros.

—No. Olvida el pasado. Te he sido fiel desde que decidí que serías mi duquesa. ¿Me crees?

—Sí.

—¿No hay nadie más a parte de mí en tu corazón, Prudence?

—No. No lo habrá nunca.

Benjamin la abrazó con fuerza.

Y, por primera vez, ninguno de los dos dijo nada más. Porque entendieron que las palabras, por el momento, solo harían más daño.

***

Esa misma noche, la lluvia golpeaba con monotonía las ventanas altas. No había criados a la vista. Solo dos figuras en pie, abrazadas con fuerza en el centro de la estancia, como si el mundo entero se hubiese replegado en torno a ellos.

Era el momento de intentar cerrar definitivamente el pasado para que el futuro floreciese. Ambos estaban más calmados para buscar una solución, para cerrar las viejas heridas y sanar las inseguridades, aunque la duquesa no creía que sería fácil olvidar el dolor.

Prudence estaba rígida al principio. El cuerpo tenso, como si temiera ceder un milímetro más. Benjamin, sin embargo, la sujetaba con los brazos alrededor de la cintura, la mejilla rozando su sien. El aliento tibio, contenido. Ninguno hablaba.

—Me gustaría poder odiarte porque me hiciste daño —murmuró ella, apenas audible.

Benjamin cerró los ojos. Sabía que esas palabras eran una rendija. Y también un filo.

—Podrías, pero no lo haces —dijo él, con la voz más grave de lo que pretendía.

Ella se apartó ligeramente. Solo lo justo para mirarlo.

—No lo hago… y eso me enfurece más.

—¿Por qué?

—Porque temo confiar en ti y que me hagas daño —dijo, directo, sin temblor.

Él inspiró despacio. Su mano subió hasta el rostro de ella, le apartó un mechón de cabello.

—No soy un hombre fácil, Prudence.

—No. Eres un hombre peligroso para alguien como yo.

—¿Como tú?

—Demasiado lista para aceptar las cosas como vienen. Demasiado orgullosa para pedir lo que necesito. Y demasiado rota para amar sin miedo. Sentí la muerte de mis padre como un abandono, perderte a ti sería… el fin.

Benjamin se quedó callado. Sus ojos azules brillaban con una mezcla de rabia y ternura mal contenida.

—¿Y qué necesitas de mí?

Prudence apretó los labios.

—La verdad.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que somos tú y yo. Porque a veces creo que solo nos unimos por deber y no le hemos superado. Nos casamos porque el mundo nos empujó. Porque no teníamos otra opción.

Benjamin asintió, despacio. Su mirada era fuego puro.

—Tal vez. Pero eso no quita que… cuando estás cerca, lo único que deseo es poseerte hasta olvidarme de quién soy.

La frase cayó entre ambos como un cuchillo envuelto en terciopelo.

Ella tragó saliva. Dio un paso hacia atrás, no para huir, solo para provocarlo. El camisón claro se pegaba a su cuerpo y dejaba poco a la imaginación.

—¿Y qué eres, Benjamin?

Él no respondió. Dio un paso. Luego otro. La acorraló contra la pared forrada de seda. Su cuerpo era una sombra caliente, un muro de deseo contenido.

—Soy el hombre que no ha podido conciliar bien el sueño durante ocho meses. El que no pudo soportar verte coquetear con otro en ese salón lleno de imbéciles. Soy el idiota que pensó que no podrías quererle solo porque te deseaba. Y el que ahora mismo daría todo lo que tiene, su legado, su casa y su maldito ducado por arrancarte ese camisón y hacerte mía contra esta pared.

Ella jadeó. No era miedo. Era hambre. La misma que tenía él.

—Hazlo —susurró—. No me trates como a una muñeca. No esta vez.

Benjamin la besó.

Sin preparación. Sin contemplaciones. Fue un beso de guerra. De dientes, de lengua, de aliento arrebatado. Sus manos se deslizaron por el cuerpo de Prudence con furia medida, exigiendo su derecho sobre ella. La sujetó por los muslos, la levantó sin esfuerzo y la hizo rodear su cintura con sus piernas. El camisón se subió hasta la cadera.

Ella gemía contra su boca, mordiéndole el labio, arañándole la espalda a través de la camisa aún puesta. Él no se detuvo. Se inclinó sobre su cuello, besó la clavícula, la base del cuello, la curva de un pecho. El camisón cayó bajo sus senos con un susurro, y sus labios buscaron el pezón endurecido. Lo succionó con la boca abierta, como si beber de ella fuera el único modo de calmar el incendio.

—Dime que me amas. Me amas a mí y solo a mí —rogó ella, sin voz.

—No—. Ella lo miró, confundida, temblando—. Porque te lo voy a demostrar —añadió él, y entonces bajó una mano entre sus muslos, y la encontró húmeda, preparada para recibirlo.

Los dedos la acariciaron con certeza. No era ternura. Era una muestra de poder. Era él recordándole lo que su cuerpo ya sabía: que lo deseaba. Ella jadeaba, las uñas, clavadas en su nuca.

—Estás hecha para esto —susurró él—. Para volverme loco, para complacerme y amarme.

Ella hundió el rostro contra su cuello, desesperada por más. Sus piernas se tensaron contra él.

—No te detengas…

—No pienso hacerlo.

Cuando la sintió a punto de quebrarse, la bajó al suelo. La empujó sobre el diván de terciopelo oscuro, la hizo inclinarse. Se colocó detrás, se estaba desabrochando los pantalones sin desviar la mirada del delicioso cuerpo de su duquesa. Cuando la penetró, fue como volver al hogar.

El gemido que escapó de ambos no era casto. Era brutal. Real.

Se movieron como enemigos reconciliados. Como amantes prohibidos. Como reyes destronados que encontraban poder el uno en el otro.

Y cuando terminaron, exhaustos, sudorosos, aún agarrados el uno al otro, supieron que aquello no había sido una reconciliación. Había sido una declaración de guerra íntima. Una promesa no escrita.

Ninguno mencionó nada más. No hizo falta. En la mirada de ambos había un pacto silencioso:

A partir de ahora, o lo tendrían todo… o se destruirían en el intento.

Capítulo 14

Al día siguiente, la mañana había amanecido con el cielo gris, como si Londres también arrastrara el peso de la incertidumbre. Prudence caminaba sola por la galería de retratos, envuelta en muselina azul pálido. Aún le ardía la piel. No por vergüenza, más bien porque la memoria la seguía haciendo estremecerse.

La noche anterior la había poseído con una pasión que no era dulzura, sino desesperación. Habían sudado rabia, dolor, frustración… y deseo puro. Pero el silencio de la mañana —el silencio de él — la había desestabilizado.

¿Y ahora qué?

—Pensaba encontrarte aquí —dijo una voz firme desde el umbral.

Prudence se giró. Margaret, vestida de gris y perlas, entraba con paso elegante, el rostro severo como una estatua romana.

—Buenos días, Su Gracia.

—No me llames así cuando estás a punto de mentirme —replicó la duquesa viuda sin perder la compostura.

Prudence la observó, sorprendida por el tono.

—¿Mentirle? ¿Sobre qué?

Margaret avanzó hasta quedar frente a uno de los retratos —el del difunto duque— y suspiró.

—Sobre lo que ocurrió anoche. No hace falta que me lo digas. Lo vi en tu rostro esta mañana. Lo vi en el de mi hijo cuando bajó a desayunar. Ambos lleváis la misma máscara de satisfacción… y de miedo.

Prudence se sintió expuesta, como si sus pensamientos hubiesen sido bordados en su vestido.

—No sé qué responder a eso —dijo al fin.

—No es necesario que digas nada, aunque debo preguntarte algo. —La madre de su esposo la miró con franqueza—. ¿Crees que eso basta? ¿Que la cama os ha salvado?

El silencio cayó como una losa.

—No —respondió Prudence al cabo de un momento—. Pero al menos nos ha acercado… durante un instante.

La duquesa viuda asintió.

—El deseo es fácil. La convivencia es el arte. Y tú y mi hijo, querida, aún no habéis aprendido a convivir.

—No nos lo están poniendo fácil.

—No, pero tampoco os lo habéis puesto fácil entre vosotros.

La vieja dama se acercó un paso más, con la mirada fija en Prudence.

—¿Lo amas?

La pregunta fue honesta.

—Con todo mi corazón —dijo Prudence —. Lo deseo tanto que me duele. Pero me hizo daño cuando se olvidó de mí durante largos meses…

—El vuestro no fue un matrimonio formado por amor —le recordó Margaret.

—No. Eso no significa que no pueda llegar a serlo. Fuerte y sólido. Tengo esperanzas de que lo consigamos.

La duquesa viuda asintió, como si confirmara algo que ya sospechaba.

—Mi hijo necesita una esposa que no tiemble ante él. Y tú necesitas un hombre que se atreva a mirarte de frente. Puede que lo consigáis.

—Así lo espero —susurró Prudence.

La duquesa viuda alzó la barbilla con orgullo.

—Bien. Porque hay algo más.

—¿Más?

—Esta mañana… ha llegado una misiva para Benjamin. Sellada por el Ministerio de Guerra. Al parecer, una propiedad rural que pertenecía al coronel Hemsley, el difunto esposo de la viuda, ha sido disputada en los tribunales. Y han solicitado la intervención de Benjamin como testigo. No por su cercanía con la viuda, sino por una antigua promesa escrita en el testamento. Legalmente, deberá verse con ella. Muy pronto.

El corazón de Prudence se endureció.

—¿Y él piensa aceptar?

—No lo sé. Solo quería que lo supieras antes de que te enteres por alguien malintencionado. La viuda Hemsley… es insistente, lo reconozco, pero no conoce a Benjamin si cree que lo debilitará. Mi esposo falleció y no me preocupó que mi hijo fuese joven para asumir toda esa pesada carga porque estaba preparado para la responsabilidad. Sabía que estaba preparado para manejar todo lo que le cayese en las manos. Nunca te traicionará. Esa es la mejor promesa que un esposo puede ofrecerle a su mujer.

—Lo sé.

—Entonces asegúrate de que lo sepa, de que esté seguro de que confías en él con fe ciega —La duquesa viuda le apoyó una mano en el brazo—. No esperes más. Deja atrás los temores y vive por ti, por él.

Prudence inspiró profundamente.

—Gracias.

—De nada. Solo recuerda… no eres únicamente la duquesa de Rutland. Eres Prudence Charlotte. No olvides quién eras antes de casarte. Es esa mujer la que debe enfrentarse a lo inesperado en cualquier momento, siempre has sido fuerte y hora de que se lo demuestres a tu duque.

La duquesa viuda se marchó sin mirar atrás. Prudence se quedó sola.

Ahora tocaba pelear por el corazón.

***

Tres días después, Prudence consideró que era momento de dar el paso definitivo. No pidió permiso para entrar. Abrió la puerta del despacho de su marido sin anunciarse.

Benjamin levantó la vista desde el escritorio. Estaba solo, sin papeles, sin copa de brandy, sin la armadura habitual. Solo él. Un hombre sentado entre sus decisiones.

—Buenas tardes —dijo ella, cerrando la puerta detrás de sí.

—Buenas tardes —replicó él con voz serena—. ¿Está todo bien?

—Depende.

—¿De qué?

—De si estás listo para confesarme… algo.

Benjamin no se movió. Solo la observó.

—¿Sobre qué?

—Sobre la carta que recibiste. La del Ministerio de Guerra. La viuda.

Silencio.

Prudence cruzó la estancia con pasos decididos. Se plantó frente al escritorio sin sentarse.

—Tu madre me lo dijo hace unos días, he estado esperando a que decidieses confiar en mí y me hablases del asunto.

Benjamin se irguió. No había ira en sus gestos. Solo resignación.

—No la he visto. No la veré. Envié a mi abogado esta misma mañana para que se ocupe del asunto. Es un caso legal, no una cuestión sentimental y puede aclararse sin que intervenga yo personalmente.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque temí que pensaras que seguía teniéndola en mi órbita.

—¿Y no la tienes?

Benjamin se puso de pie. Rodeó el escritorio sin apartar los ojos de ella.

—No. No desde que entraste en esta casa la primera vez. Y mucho menos desde que regresaste. No sabes lo difícil que ha sido mantener la compostura con tantas cosas… sin decir.

—Dilas ahora.

—¿Qué?

—Lo que no has dicho.

Él suspiró. Muy despacio. Como si estuviera a punto de sacarse el corazón con palabras.

—Me equivoqué al alejarte. Me equivoqué al pensar que podía tenerte cerca y mantenerte fuera de mí. No sabía amar a una mujer, Prudence. Nunca me enseñaron a hacerlo. Y tú… tú llegaste como un polvorín en una casa hecha de reglas. Y yo… no estaba preparado. Solo tenía miedo del cambio.

Ella no se movió, pero su expresión se quebró.

—No necesitaba que me amaras desde el primer día. Solo que me respetaras lo suficiente para intentarlo.

—Y lo hago ahora. A cada paso. Cada noche que paso deseándote no por tu cuerpo, aunque lo ansíe como a nada, sino por tu risa, por tu rabia, por cómo me desafías. Por cómo me haces temblar sin tocarme.

Ella bajó la mirada. Su voz salió como un hilo.

—He tenido bastante de inseguridades y… celos. Voy a ser lo que necesitas. Porque no soy dócil. Porque no sé callar. Porque tengo heridas que no sé esconder, pero las cerraré por ti.

—Y yo soy un hombre con demasiadas paredes. Contigo… contigo estoy aprendiendo a dejarlas caer.

Prudence lo miró.

—¿Solo nosotros dos?

Benjamin sonrió, apenas.

—Todo lo demás se acabó.

Ella lo creyó. No porque lo dijera con dulzura, sino porque lo dijo con la firmeza de un juramento.

—¿Y qué somos tú y yo ahora?

Benjamin se acercó. Le sostuvo las manos entre las suyas.

—Somos lo que el mundo no esperaba. Lo que ninguno pidió. Y ahora… te elijo, Prudence. Como mi mujer. Como mi compañera. Eres mi amada esposa. Me casé contigo por obligación y no me arrepiento.

Ella lo besó. Despacio. Con los ojos húmedos y las manos temblorosas.

—Y yo te elijo a ti. Aunque a veces me saques de quicio.

—Eso es inevitable.

—¿Lo nuestro?

—También.

Se abrazaron. Durante un largo tiempo. Con el cuerpo entero. No con lujuria esta vez, más bien con un amor que por fin dejaba de esconderse.

Cuando se separaron, Benjamin la miró como si por primera vez la viera de verdad.

—¿Me querrás siempre?

—Siempre —sonó a promesa.

—Te amo, Prudence.

—No más que yo a ti.

—Oh, sí. Te supero y me alegra hacerlo, mi duquesa querida.

Hicieron el amor pausadamente, con ternura, con devoción. Los duques de Rutland eran una pareja destinada a ser, a formase, y consiguieron superar los obstáculos de la propia vida en cuanto comprendieron que nada podría separarlos si ellos estaban dispuestos a impedirlo de verdad.

Capítulo 15

La mañana en Rutland Hall olía a hierba mojada y pan recién horneado. Los cerezos del jardín estaban en flor y las fuentes de mármol susurraban promesas de paz. Dentro del invernadero, entre jazmines y camelias, Prudence estaba sentada en un banco de hierro forjado.

Llevaba un vestido ligero de muselina blanca, el cabello recogido en un moño suelto, y las manos le descansaban con naturalidad sobre el abultado vientre que anunciaba la llegada de un heredero del ducado de Rutland.

Benjamin estaba inclinado a su lado, desatándole con ternura las cintas de los zapatos.

—No deberías andar descalza —le dijo con voz ronca, como si le hablara a una flor a punto de abrirse.

—Y tú no deberías desatarme los zapatos. Eres un duque, por amor de Dios.

—Soy tu marido. Y esta es mi penitencia por cada momento en el que fui un idiota contigo.

Prudence rio, con esa risa ligera que Benjamin consideraba su bendición más íntima.

—Si vas a decir cosas tan dulces, puede que empiece a caminar descalza todos los días.

Benjamin le besó el tobillo, y luego subió por la pierna con la mirada ardiente de un hombre que había aprendido a admirar tanto como a desear.

—Mi amada duquesa está embarazada de seis meses. Su vientre es nuestro mundo entero. No pienso dejar de adorarla si ella no me lo impide. ¿Me lo impedirás?

Ella bajó la mirada, sonrojada. El embarazo la había hecho más sensible, más feroz, más mujer. Y él… él estaba completamente entregado a la pasión que compartían.

—No —respondió para luego centrarse en otra cuestión—: ¿Crees que será niño?

—Creo que será todo lo que tú quieras que sea. Pero espero que tenga tu terquedad. Y tu boca.

—¿Por qué mi boca?

—Para burlarse de mí —dijo él, después de besarla en la mano—. Como hace mi duquesa.

Prudence entrecerró los ojos.

—Estás perdiendo dureza, Rutland.

—Solo en casa. En la Cámara de los Lores aún tiemblan cuando me ven llegar.

—Tiemblan aquí también, aunque por otras razones —dijo en alusión a lo que él le provocaba cada vez que lo veía. El ardor que compartían era maravilloso.

Él soltó una carcajada baja, tan genuina que el invernadero pareció iluminarse un poco más.

—Te amo —susurró ella contra su cuello.

—Y yo a ti. Te amaré incluso cuando me provoques la próxima tormenta.

Ella sonrió. El amor se había convertido en una certeza. Como el hijo que latía bajo su piel. Como el hombre que la besaba sin esperar más recompensa que su respiración tranquila.

***

La duquesa de Rutland estaba sentada junto al fuego, las piernas ligeramente elevadas sobre un pequeño escabel bordado, el vientre redondo marcando con firmeza su estado. Leía una carta a media voz, cuando la puerta se abrió sin anuncio.

—Eleanor —dijo Prudence, dejando la carta en su regazo—. ¿Ha pasado algo?

Lady Eleanor Stanhope entró como una tempestad disfrazada de dama. El sombrero chorreaba, su abrigo de viaje estaba empapado y las mejillas le ardían más por la humillación que por el frío.

—Perdóname por irrumpir así —dijo—. Si no hablaba contigo, iba a prender fuego a la residencia Wexley. —Esa era la casa de su padre.

Prudence se incorporó como pudo.

—Por favor, dime qué ocurre.

Eleanor arrojó una hoja doblada al diván antes de sentarse junto a ella. Prudence la abrió y leyó en silencio.

—Te has prometido con… ¿el conde de Blackridge?

—Sí. Así, sin más. Mi padre ha decidido que ya he desperdiciado demasiado tiempo siendo «singular». Dice que necesito la estabilidad de un matrimonio y la guía de un hombre con experiencia.

¡Guía! —escupió la palabra—. Y ese hombre con experiencia se pasea por Bond Street de la mano de su amante, como si ya no tuviese que guardar ni las formas.

Prudence suspiró. Sabía cómo dolían esas decisiones tomadas por otros.

—¿Tu padre te lo ha impuesto?

—Con la bendición de media sociedad. Me llaman «la segunda vergüenza de Londres». Una especie de continuación menos romántica de tu historia. Al menos tú tienes un final digno de novela.

—No sabes cuántas páginas hemos tenido que escribir Benjamin y yo para merecer ese final —respondió Prudence, con suavidad—. Tú también puedes hacerlo.

Eleanor rio, sin humor.

—¿Qué voy a escribir yo? ¿Las memorias de una prometida maldita? Prudence, no estoy enamorada. Ni siquiera siento simpatía por él. Ese hombre me aburre más que un tratado de botánica.

—¿Y él? ¿Quién es él?

—Un inmoral. Él desea a todas las mujeres con las que se topa. Soy conveniente porque mi padre le habrá revelado la cuantía de mi dote.

Prudence asintió.

—Uhm… Una vez alguien me sugirió que leyese un libro. ¿Recuerdas?

—No quiero seducir a ese tonto.

—No lo hagas, solo… atráelo. Si no para seducirlo, sí para desequilibrarlo. Para recordarle a tu prometido a que tú no eres una niña a la que puedan tratar como si fuese una figura de porcelana.

Eleanor la miró. Tenía los ojos brillantes, pero no por lágrimas. Era otra cosa: determinación mezclada con desesperación.

—¿Y si me rebelo y nadie me salva esta vez?

—También podrías salvarte tú misma. Como hiciste conmigo. Como haces cada vez que hablas con la cabeza en alto en un salón donde todos esperan que bajes la mirada.

Eleanor tembló.

—Tengo miedo, Prudence. De que esto no sea más que el principio de una cadena de infortunios. De que me apaguen.

Prudence sostuvo su mano con fuerza.

—Te conozco. No naciste para apagarte. Naciste para encender fuegos. Si Blackridge cree que va a domarte, que Dios lo ayude.

Eleanor se secó una lágrima con el dorso de la mano.

—No me casaré enamorada, pero me casaré en pie, llena de orgullo.

—Y cuando lo hagas, yo estaré allí —afirmó con certeza.

—¿Y si la llamas Eleanor si es niña?

—¿Y si la llamo Libertad? —replicó Prudence con picardía.

Ambas se rieron. El silencio regresó, pero era más cálido. Más compartido.

Eleanor se levantó del diván. El abrigo aún chorreaba, pero su rostro era otro.

—Gracias por recordarme quién soy aunque el mundo me haya puesto el mote más absurdo.

—Querida, que te llamen «la segunda vergüenza» significa que ya saben que, como la primera, vas a dar qué hablar.

—Y vaya si lo haré.

Y Eleanor se marchó. Con las mejillas encendidas, la barbilla alta, y una promesa entre los labios: esa historia, su historia, no había hecho más que empezar…

Fin.

No te pierdas la siguiente historia

«La ira de la condesa»

Link: https://mybook.to/ZUzTm



Lady Eleanor Stanhope ha sido educada para obedecer, pero no está dispuesta a acatar la voluntad de los otros sin luchar. Su padre, el conde de Wexley, ha decidido comprometerla con un buen partido… que se pasea por Londres del brazo de su amante sin siquiera disimulo. Para todos es un trato ventajoso. Para Eleanor, una traición.

Humillada y furiosa, se niega a convertirse en una esposa decorativa. Pero la sociedad no perdona a las mujeres que piensan demasiado ni a las que alzan la voz. Ya la llaman «la segunda vergüenza de Londres», y aún no ha decidido si eso la ofende… o la enorgullece.

El prometido. Un conde.

Silas Langdon, **lord Blackridge**, es todo lo que Eleanor desprecia: un libertino insolente, astuto y demasiado apuesto para su propio bien. Se supone que los nobles deben ser correctos y rebosar honor. Él no.

Lo que ninguno espera es que **del odio pueda nacer la atracción**. Que la guerra de voluntades en la que se enzarzan acabe arrastrándolos al mismo lecho. Y que, entre puñales verbales y besos robados, descubran que, a veces, solo el enemigo más inesperado es capaz de encender la pasión… y tocar el alma.

Sobre la autora y la historia

Sarah Worth es una escritora española que ve amor, peleas, condes, duques y damas por doquier. Se ha decidido a escribir bajo un pseudónimo para ver qué tal funcionan sus maquinaciones románticas y la cosa va pintando bien.

Sus historias prometen: romance en exceso, bastante humor, algo de drama para mantener el interés, y un final feliz y cerrado.

¿Qué hay de la próxima historia?

Eleanor va a llevarnos de cabeza, eso es seguro. Por favor, quedaos conmigo y acompañadme en la nueva aventura que llega muy pronto.

¡Gracias!